



479  
860-31 (866) Baquerizo  
3223  
ALFREDO BAQUERIZO M.

EL

# SEÑOR PENCO.

10160 NOV 17 1913

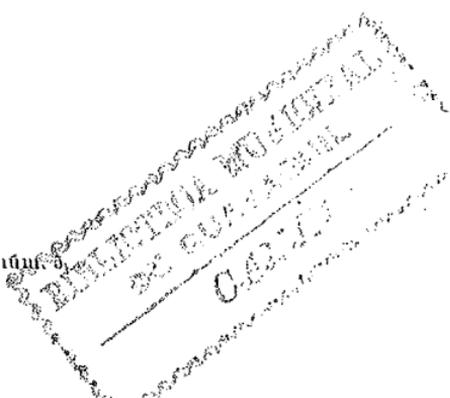
001578-J.



1901.

GUAYAQUIL.

"Ep. "El Vigilante", núm. 3.







## I

### ¿QUE MÁS?.....

**P**OR lo alto, teníamos innumerables hilos telefónicos; y, por el bajo suelo, cómodos tranvías. Estos, siempre, ó casi siempre, con su par de empleados y sus mulitas pareadas.

Tres estatuas de bronce, como otros tantos botoncitos de brillantes para la inmensa pechera de la ciudad, que contaba, apenas, con dos ojales abiertos en las respectivas plazas; pues, para abrir el tercero, tanto se dijo entonces,

y hubo tal suma de pareceres, que se llegó á dudar de si al fin se abriría el ojal que faltaba, en la pechera ó la espalda del propio camisón.

Rocafuerte está de pié, pensativo y tristón, terciada la capa, y sudando á chorros con el abrigo aquel. Bolívar, á caballo: descubierta la cabeza, sombrero en mano, se pasa de comedido y saluda infatigable á cuantos se le ponen por delante. Y la otra, la tercera, por colocar aún, yacía en los depósitos fiscales, no encontrándose, de pronto, tierra que digna fuese de sustentar aquella base de granito y aquel sillón de la colonia, en que se sienta y escribe el Acta del año 20, el futuro Cantor de Junín.

Algo más teníamos: un par de aljibes con las entrañas resacas de tanto esperar, sedientos, el prometido caudal de agua fresca, pura y saludable, apisionado en los estanques de Agua Clara y Vuelta del Río; el Hospital Militar y un Hipódromo falto de *sports*: el Mercado, roído ya, con la polilla de los años, y en su recinto, partiendo términos por igual, el imperio de la mugre y el reino de las sabandijas; una Cárcel de madera que se desmayaba entonces y se deshace aún, y otra de sillería, que

no acaba de levantarse dos palmos sobre sus cimientos; un Teatro que se vé, y otro que se adivina; una casa de Gobierno, mitad pomposa y flamante, mitad ruín y jorobada; y muchas otras cosas: coches en el verano; calles fertilísimas en la inverniza pompa de sus silvestres matorrales; y *algo* más, todavía, que viene á ser como una bendición de Dios, ó una muralla de la China contra invasiones extrañas.....y por último ¿qué más?







## II

NADA MÁS.....POR AHORA.

**T**ODAVIA no se *fajaban* los hombres, ni las mujeres gastaban *fuste*: ó, si los gastaban, era cuándo y cómo les convenía.

Ya había salones de baile; y salones, y también, casas de juego.

Almorzábamos á las once, como de ordinario, y comíamos á las seis, como de costumbre; abríamos boca, antes de las respectivas comidas, con aperitivos y *gincocktails*; la gente moza iba al

Salado, á chapuzarse, á veces, en las aguas de aquel brazo de mar, por recibir las tónicas caricias de la humedad salina; á veces, á nada; la gente seria, á ninguna parte los días festivos, y los de entre semana, al escritorio ó almacén, los hombres; las señoras á la Iglesia por la mañana, no siempre; á tiendas por la noche, casi siempre; y en lo que sobra de día, se quedaban, entonces, como ahora, muy metiditas en sus casas, según Dios y el clima lo ordenan, para la salvación del alma y el buen régimen de la familia.

El Teatro, con sus picos de luz mortecina, su telón de boca con tal cual mirilla, por donde enfilan los de adentro la visual ansiosa de público, se animaba, de tarde en tarde, allá por el verano, con su temporadita de zarzuela, ó con alguna golondrina del arte, que, por acaso, y desbandada, solía posarse un rato en el triste y silencioso escenario, á descansar sin duda, fatigada ó hambrienta de su perenne vuelo y su píar eterno.....

¡Los *imperiales*! Allí sí que rodaba y rueda todo linaje de gentes, á los plateados rayos del astro de la noche, henchidos los pulmones de brisas de Chanduy.

¡Los Casinos!.....¡ Los Clubs!.....  
Ni yo tendría mucho que decir; ni el lector cosa que adivinar; por esto, descubriéndome hasta los piés, saludo y digo de largo. Allí quedan las moles, alegres y bulliciosas, con sus puertas abiertas; digo; si alguno quiere colarse dentro, por sus pasos contados, ó de golpe y porrazo. Cosa de ocasión ó enjuague, que en fin y remate, todo es entrar.

Y.....nada más por ahora.







### III

#### MADRE E HIJA.

SE llamaban: Purificación, la una; y Alegría, la otra.

La madre andaba por los treinta y nueve arriba; la hija, según mis cálculos, por los diecisiete mayos. De la primera podía decirse que era una fruta en toda la plenitud de su provocativa y dulce madurez; de la segunda, que era un botón de rosa, fresco, apretado y sonriente.

La mujer hecha y derecha, lucía aún,

espléndida y magnífica, lujo de carnes; aplomo de contornos; líneas acentuadas; cuello arrogante; formas esculturales, transparentes y sonrosadas, por la blancura alabastrina y el calor de la sangre.

En cambio, la joven, la que contaba los años de su vida por otras tantas primavera risueñas y floridas, tenía el cutis ligeramente moreno; los ojos vivos; penetrante y curiosa la mirada; los labios encendidos y grosezuelos; menudas las orejas; menudas las manos; y menudo y digno de tales manos, el breve piecesito, primorosamente calzado. El busto anunciaba ya, curvas y relieves, que hacían presentir los de la madre, en el yástago precoz.

Y basta por ahora de esculturas.

La esposa de don Pedro Pablo Penco—el hombre de las tres Pées—era una dama de carácter plácido y sereno, reposado continente, muy pagada de su decoro de mujer casada, y á tal punto de las fórmulas sociales y las conveniencias del *buen tono*, que no quebrantaría las unas, ni faltaría á las otras, así le pusieran, por conseguirlo, un dogal al cuello. Solía enfadarse cuando las arrastradas conveniencias la ponían en el disparadero, y una vez enfadada,

era mucha hembra aquella, para Penco, su hija, y el lucero del alba, que se le plantase delante.

Por lo demás, habilísima en los quehaceres del hogar: pues, con igual facilidad y soltura repasaba la ropa, se arreglaba un vestido, bordaba unas iniciales, como sacudía el polvo ó fregoteaba un mueble. ¡Vamos! que era hacendosa y buena, en toda la extensión de la palabra, y que había en ella excelencia de virtudes humildes y caseras. Quería á su marido, con defectos y todo; y adoraba á la *niña*, á pesar de sus garatusas de diablesa mimada.

Esta, por lo pronto, era alborotada de genio, traviesa como un chiquillo y lista como la pimienta. Pero no entendía de trajines domésticos, y sus cuidados nunca llegaron á pasar de los que empleaba en su graciosa personilla, con lo cual tenía para rato. ¡Y qué ratos aquellos!.....

En fin, el reverso de la madre, y un facsímile de Penco, el padre; salvo, se entiende, la movilidad y travesura que, en la hija, iban más allá de lo que buenamente podían dar de sí, la agilidad y la inquietud paternas.

Claro, también, que en el señor Penco, se echaban de menos ciertas cosas

que en la hija nunca estaban demás; v. g. el reír malicioso, el mohín atrevido, el divertidísimo centelleo de los ojos, la travesura casi infantil de las manos, y aquella animación inverosímil del conjunto, desde la punta de los pies al cerquillo de la frente. En conclusión, que era salada y rebonita, y le venía de perlas al joven Santiago de Quíñones, guapo mancebo, y rumboso, hasta donde quieras suponerlo, lector amigo.

La opinión de las gentes se adelantaba á indicar, que el mozo y la Penquito sólo aguardaban para casarse, la vuelta del Pencó mayor; y esa misma opinión llegaba también á predecir desgracias sin cuento, si salían verdaderas, ciertas hablillas que por lo bajo se propalaban ya, sobre las prendas del novio. ¡Qué pecaba de embustero! Podía y no podía ser.....En fin, allá se vería.....

Sea, pues, de ello lo que fuere, es lo cierto que doña Purificación y Pencó, su esposo, consentían en la boda, de tiempo atrás: temerosa la una de las indomables genialidades de la muchacha, ignorante el otro de los flamantes embustes del pretendiente, si los había;

ó, indiferente, acaso, á tales y semejantes procederés.

Esto, si nos empeñamos en hallar exculpaciones; pues, por lo demás, Alegría estaba *ciega*, y podía y no podía, según las circunstancias, darse una caída de las buenas, ó alzar el vuelo del nido, por volar á la rama, y ¡zas! caerse también..... ¡Mucho ojo con las cegueras y los vuelos de amor, hermosas lectoras mías!





## IV

### ESPERANDO.

**L**AS tres, serían, de una espléndida tarde de Setiembre.

El sol, al igual que siempre, seguía su carrera bajo la azul techumbre de los ciclos, indiferente á todo lo que no fuese caldearnos la sesera con una temperatura de treinta grados, sobre poco más ó menos.

La luna andaba, de seguro, por las antípodas; y el vapor del Norte, muy

cerca de abocarse á la *puntilla*; por ser un lunes.

Doña Purificación, vestida ya como para salir, se entretenía en abanicarse con un pericón enorme de papel, mientras Alegría acababa su tocado, y sonaba al fin la señal que anunciase haber llegado, sana y salva, la figura natural de Penco, cuya copia exacta presidía, desde la pared testera del salón, las tertulias de la casa.

Y era parecidísimo, á no dudarlo. ¡Qué molletes; Dios mío! ¡y qué vientre, sobre todo!

La placidez del rostro entrañaba todo un poema de delicioso sibaritismo, y un alegría perenne, incontrovertible y magnífico sobre los inagotables placeres que se derivan de una panza robusta, formidable y satisfecha hasta la hartura.

Y contemplando ese cuadro de beatífica é inextinguible felicidad, pensaba ó se decía, la buena señora:

—¡Vaya! si estaba por creer que no acabarían de pasar los seis meses de ausencia. ¡Qué largos se me hicieron querido Penco! Y eso, que no estamos ya para lunas de miel; y, mucho menos, para engolosinarnos con caricias y besuquitos de tórtolos enamorados.....

Después de todo, me conformo Penco, me conformo con las angustias pasadas: porque al cabo, de hoy más serán cosa muerta. ¡Se acabaron! y las dejaré sepultadas para siempre en el rincón más querido de la memoria.....en el camposanto de los recuerdos.

A trueque de tales angustias, y tan hondos padecimientos, podría suceder que me encontrase la nueva de que te dejaste por allá (clavando la vista en el retrato) aquella corteza de sibarita, que viene á ser como armadura de grasa donde se quiebran ó estrellan por igual: la mirada suplicante, la caricia mimososa, el amoroso sentir: y, por decirlo de una vez, los más delicados sentimientos del corazón.....No se tome á encarecimiento; (fijando la atención en los chinos del abanico), los hombres no han pasado, ni pasarán jamás, de sustituir una armadura con otra: la que fué de hierro abrigado ó de bruñido acero, es, á la hora de esta, de oro sellado ó barras de plata, en ocasiones; y, las más de las veces, de inoble gordura.....como esa, v. g. Triste y doloroso es confesarlo, pero yo soy así: la verdad por delante. Y luche Ud. y triunfe luego, si triunfar es posible con las débiles armas que puede proporcio-

nar la malicia femenina.....Nada, que somos la parte flaca y combatida, y esto, llevando como llevamos, al descubierto, los pícaros nervios; y el corazón, allí, como quien dice tras la epidermis, que es igual á decir, en las palmas.....Pero esa niña no acaba.....¡Ya se ve! No hay como los diecisiete años para que la mujer las emprenda firme y resalta con el espejo, por aquello del galanteo mudo y picaresco de las lunas azogadas. ¡Digo si requiebran estas por lo fino! "Vaya, dicen, si eres bonita y resalada. ¡Cuenta, cuenta, con los ojos de la muchacha!....." Y todo esto, dicho y repetido, de modo y forma, que estaríamos mirándonos la cara en las muy zalameras y dejándonos requiebrar tan lindamente, hasta la consumación de los siglos.....punto menos que nunca.....Alegría!.....(Llamándola). Apuesto doble contra sencillo á que esa tontaina está por empezar.....No le falta razón. El papá llega hoy; hoy viene Santiago.....Con esto basta, y aún sobra.....Digo! el tal Santiago comienza á apestarme con sus faramallas. Pero ¡qué diablos! la niña está ciega y..... ¿Cómo se las compondrá Penco cuando llegue á saber que á ese botarate se echan aflojado los tornillos del juicio, y

no entiende de fórmulas ni de salvar las apariencias?.....Miente, más que la Hacienda Pública; y suelta cada embuste, que tiembla el misterio. Eso sí, á rumbo nadie le gana. Y métase Ud. á averiguar de dónde saca para esos bombos y esos bombos.....¡Santiago Bombo! con razón se lo llaman. ¡Alegría de mis pecados!.....¡Bah! lo mejor será (levantándose) irme al tocador, y meterle fuga, sino.....¡Bien me lo decía!— exclamó la noble dama, al volver los ojos, y encontrarse con lo que verá el lector en capítulo aparte.





## V

### FUERON TRES.

**C**UIDADO con la honestidad asustadiza!

Bien lo decía doña Purificación, aún antes de ver lo que vieron sus ojos en aquel punto y hora: el busto de Alegría asomándose á la mampara del salón, iluminado el moreno rostro por la irresistible sonrisa de su limpia y tentadora boca;.....sólo que el corsé estaba á la vista, ciñéndole, apretado, el talle sutil.

¡Valiente escote! como que me yida la curiosidad, á reparar en ciertas líneas y contornos, se afanaban luego en admirarlos y comentarlos, el sentimiento estético de un lado, y el antojo atrevido de otro. Y á la verdad, no eran menester comentarios para que la vista se recrease con la gallardía del cuello, la desnudez de los torneados brazos y la soberbia curva del alto y gracioso seno; porque todo ello, aun sin quererlo, se metía por los ojos del observador menos listo en sorprender los secretos de la hermosura.

En cuanto al peinado, como si tal cosa; estaba por verse, según que le caían, cubriéndole los hombros y la espalda, las finas y largas hebras de la abundante, negra y profusa cabellera.

—Bien lo decía—insistió la madre.— Ni en dos horas más concluyes de arreglarte. ¿Y soltar el corsé? ¡cuándo! Primero muerta.....Dirás que es mucha matraca; pero mira que enfermas á lo mejor de tanto llevarle puesto, y entonces no habrá arrepentimiento que valga por inútil ó tardío.

Hizo la otra un mohín de los suyos, gracioso y picaresco, y desentendiéndose de la reprimenda, en cuanto al corsé se refería, contestó:

--Pero ¿qué quieres mamá? La culpa, si la hay, será del alegrón que me tiene inquieta y nerviosa. ¿El pelo? una maraña; y los dedos enredándose en él, de modo y forma que no acierto á desenredarlos luego, por mucho que lo intente. Figúrate ¡qué aprietos! ¡y qué apuros!.....Declaro, vaya si lo declaro, que no podré recibir á papá, ni á Santiago, tampoco, por mucho que rabie, si persistes en el empeño de que me desenrede sola.....¡Pobrecillos! se llevarán el gran chasco.....Con que decidete á ayudarme.....No ver á papá, imposible; no saludar á Santiago, imposible también. Así.....

—¡Por vida de los imposibles!—exclamó la madre, interrumpiéndola.—Francamente, el segundo de tus imposibles me tiene sin pizca así de cuidado. Y el desparpajo que gastas.....—añadió con cierto retintín de disgusto mal comprimido.

—No es para menos, supuesta la procesión que me andaré por dentro..... Cuando digo que me bailan los piés como si tocaran á moverlos.....En poco está que dé botes y más botes.....

—Cuidadito con desentonar; y con los botes y el brincoteo.....

—Eso digo yo: ¡mucho cuidado!

¡mucha compostura! sobre todo, por no desagradarte, y llevar la fiesta en paz. Pero nada. ¡Qué desentono! ¡ni qué niñ o muerto!—exclamó al punto. —Esta llegada de papá, es como si dijeran, á casarse; y, ya vez tú, noviazgo y quietismo, son dos cosas incompatibles, según me voy enterando. Luego, casarse con un joven como Santiago..... —y acompañó las palabras de cierto relampagueo de ojos capaz de marear á un hombre de la flema y las doctrinas de don Pedro Pablo.

—Estás de remate. ó vas perdiendo hasta el pudor de rutina, para tales casos—contestó la madre, que iba sulfurándose sin quererlo.

—Confieso, ingenuamente, mi ignorancia. No entiendo de rutinas, sino de amor, felicidad y otras cosillas por el estilo, vamos al decir.....

—Lárgate al punto sin replicar palabra—pronunció la señora descompuesta ya, y fuera de sí.

Eso quería la ilustre dama; pero la muchacha, alzando sobre la cabeza el brazo izquierdo y recogiendo por atrás con rápidos y graciosos movimientos de la mano la desatada y profusa cabellera, la trajo de golpe hacia adelante, por el hombro del mismo lado; y, dan-

do luego, un salto prodigioso con la agilidad gatesca de que alardeaba, se plantó junto á la mecedora en que se balanceaba, de nuevo, doña Purificación, la cual se vió presa entre los desnudos brazos de la impávida diablesa, que la ceñían por el cuello, antes, mucho antes de que pudiese estorbarlo.

—No te enfadarás, á lo que supongo, por causa de estas travесuras inocentes y cariñosas—añadió la muchacha, como soplando al oído las palabras; tanto llegó á pegar los labios, estirándolos, al órgano auditivo de la infeliz señora.

Pero sea que esta fingiese un enojo que no sentía, sea que se enfurruñase de veras, lo cual es muy posible, y aún probable, al ver desconocidos y burlados los fueros autoritarios de su potestad materna, ello es que trató de recobrarlos levantándose de pronto, y desciñéndose de aquel lazo importuno y descortés. La gatada, ó la caricia, resultó de pésimo efecto á los ojos de la madre; pues, tuvo ésta por roto el respeto, y rota la fórmula social de la compostura; cosas ambas, que, á su juicio, no debían descuidarse nunca, fuese cualquiera la intimidad del trato, la soledad del sitio y lo propicio de la ocasión.

Así; airado el acento, destemplado y seco el tono de la voz, exclamó al punto:

—Pues digo que esas monerías no me gustan, ni pizca así. Nada, me desazonan, me ponen inquieta y nerviosa. Qué quieres, no lo puedo remediar. La naturaleza y la sociedad tienen sus legítimas exigencias, y una de ellas, es la compostura que te predico siempre, con el ejemplo y la advertencia, para que la guardes, muchacha, para que la guardes como oro en paño. Pero tú, erre que erre; muy empeñadita en llevarme la contraria, sobre todo, desde que te dejas ir con la corriente del farolón de *Bombo*. ¡La arrastrada casualidad de que le entraras por los ojos, y le abrieras la codicia! ¡Proyecto más desbaratado!.....A ver cómo te las compones con tu padre. Aunque él y tú sois buen par: el uno para el otro, de molde. ¡Si encajáis admirablemente!.....

Quedóse la Penquito muda y cabizbaja, aguantándose en firme la chifladura de la mamá. Claro! Sabía ya, de propia experiencia, que con el silencio y la compostura levantaba el único dique capaz de contener el desbordado

torrente de aquella elocuencia formulista.

Y aconteció, como lo esperaba la joven. Pues, cambiando de tono, y con acento en que el mimo empezaba á traslucirse nuevamente, dijo á poco la madre:

—Supongo que no te echarás á la calle de esa suerte. Estás muy presentable!—añadió con cierto retintín de dudosa clasificación en el registro de la voz humana.

—¿Quién dijo tal?—contestó la hija fingiendo una humildad que no sentía. —Al contrario, vine á suplicarte..... pero te disgustas por nada, y no me atrevo.....

Luego, mudando de voz, y avivándosele, poquito á poco, el rostro movible con una sonrisa encantadora que brilló de pronto, á modo de naciente alborada, dijo, ó balbuceó, indecisa:

—Está bien! En adelante, me cuidaré más de aquella señorona tan tiesa y espetada que se llama buena crianza. ¿Te gusta así, mamá?}

—¡ Dale con el charloteo!—pronunció la madre, agitada é impaciente. Concluyamos de una vez.....

—Concluyamos. Cuanto antes, mejor. Pero.....'

—Vamos á ver ¿pero qué?

—No me lo negarás.....Te doy un beso y acabóse.....

—Entiende que me resigno, por concluir—dijo, y ladeó la cabeza para recibirlo en la mejilla.

El beso fué de los sonados; pues, cabalmente, el mayor encanto de la joven, consistía en tener unos labios ruidosísimos, cuando tocaban á besar.

—El primero, fué para sellar las paces.—añadió besando segunda vez á la señora de las fórmulas;—y este, para que te vengas conmigo y me desenredes.....Figúrate, mamá, que los dedos, más que de carne y hueso se me antojan de algodón por el temblor gozoso que me agita; y los brazos, de puro trapo como los gastan las muñecas.

¡No había escapatoria! Lo mejor era rendirse á las exigencias de la moquita resalada, y acudir en su ayuda, y peinarla.....Sí señor, peinarla; y vestirla si en ello insistía. Pues no faltaba más.....¿Darles el chasco del siglo? ¡Imposible! Pobre Penco; y, sobre todo, ¡pobre Bombo!.....El tiempo apreniaba, por otra parte, como suele hacerlo, en los casos de apuro, y en ocasiones de menos conflicto y turbación.

—Me arreglarás en un periquete,—  
exclamó gozosa la Penquito.

—Pues andando—contestó la madre.

—¡Qué buena eres!

Y otro beso, de los ruidosos, sonó  
firme y provocativo en los encendidos  
y grosezuelos labios de la impenitente  
señorita.

—¡Y van tres! zalamera.

Oh! qué bien la entendía la traviesa  
cendolilla!.....





## VI

### MEDIA VUELTA, CABALLERO.

NO acababa de sonar el último de aquellos besos ruidosísimos, cuando se presentó á la puerta del salón, don Bernabé Torrijos y Torreznos, natural de este puerto y villa, y de oficio *traseunte*; y, presentarse donde queda dicho, y pronunciar con acento de voz aguda y sibilante, las siguientes memorables palabras en que la cortesía y la estética se encontraron de pronto, revueltas y confundidas: fué todo uno.

—Mil y mil veces felices los ojos que pueden contemplar tan á su sabor, embelesados y sorprendidos, ese hermoso grupo de carne viva, al que pondría yo por rótulo: *Goces de la maternidad*.

—¡Jesús! y á medio vestir,—exclamó la muchacha ocultándose detrás de doña Purificación.—No te muevas mamá, no te muevas que me vería así.....como quien dice, hecha un modelo.

—¡Hola! Torrijos—contestó la madre, un sí es no es desazonada por aquella nueva infracción de las conveniencias sociales en que incurría la Penquito, á causa de sus gatadas incorregibles.

—La salud buena ¿eh?—prosiguió Torrijos.—Ya se deja ver.....¡Qué grupo tan hermoso! Pues, señor, le quito el rótulo de la *maternidad*, y le sustituyo con otro, más expresivo, si cabe: *Capullo y flor*.....La belleza en su albor, y la hermosura en el desarrollo de su más espléndida plenitud.

—Usted metido á galán?—interrumpió la madre,—De esta, se nos descortezza Ud., Bernabé, y á poco que se descuide, se nos vuelve también poeta.....¡poeta de calibre!

—Punto más, punto menos, siempre lo fuí Purificación—contestó el interpe-

lado.—Todo consiste en el cómo y en el cuándo de la ocasión.

—Bronias á un lado, señor don Bernabé—saltó Alegría.—Vuélvase, por Dios, de espaldas que no estoy visible para nadie; y mucho menos para Ud.—agregó la muy pícara infractora del *formulismo* materno.

—Haga usted cuenta que lo estoy, Alegría. En tratándose de pimpollos, soy un topo, no veo nada; y, si llego á ver, es como si tal cosa. Lo prohibido, lo prohibido es lo que me tienta á mí. Con que así, serénese la niña bonita.

—Vaya con Torrijos que gasta unas genialidades—dijo la dama, un tanto contrariada.

—No acepto lo de la ceguera; y así, ¡media vuelta caballero!—exclamó, valientemente, la atrevida diablesa.

—Obedezco, Alegría, obedezco; pero conste que este pecado contra la buena crianza, no es voluntario, ni mucho menos. ¡Media vuelta, Torrijos!—profirió el propio don Bernabé, dándose, él mismo, la voz de mando, y luego:—Está Ud. servida—añadió,—vuelto ya de espaldas al grupo de carne viva.

—Que te vengas pronto, mamá. A la una, á las dos.....

—¡Picaronaza! si las puedes apos-

tar con un gamo,—dijo Torrijos y Torrezno, deshaciendo la media vuelta al propio tiempo que Alegría franqueaba la mampara.



## VII

### UNA RUINA.

Y los achaques, Torrijos?—preguntó la señora con dulce inflexión de voz por obedecer á una fórmula de cortesía, y de buena crianza, si se quiere.

—No me hable Ud. de achaques,—contestó el interpelado, acercando una silla á la butaquita que ocupaba doña Purificación. Y sentándose, luego, añadió:—¡Cómo ha de ser! Que voy de mal en peor. Desengáñese Ud., señora y amiga mía: aquello no tiene remedio,

por mucho que se le busque. Hay tal recrudescencia en todo el *sistema* nervioso, que el mío no es organismo, ni cosa que se le parezca. Como que tocan, ya, á desorganizarse; y, á lo mejor, ¡cataplúm! me desbarato. Poco más de nada; pues, de este modo, doy en un santiamén con el cuerpo en el hoyo. ¡La tumba! ¡Qué descanso tan infalible, y qué remedio tan infalible contra las dolencias físicas y las heridas en el alma.

—Por lo que suena, está Ud. de broma, ó con una murria de todos los diantres.

—¡Qué broma! Purificación, ni qué niño muerto! Pues ¿las jaquecas? Tremendas, señora, tremendas.....¿ Y el dolor cólico? ¿ y el reuma al brazo? ¿ y la insuficiencia aórtica? Esto, esto, de la insuficiencia, maldita la gracia que me hace. En fin, amiga mía; que en llamando á un facultativo, ya me tengo encima otra dolencia más, que se asoma por ahí muy campante y oronda.

—No exajere Ud., Torrijos, que no es para tanto, según está á la vista—indicó la interlocutora con acento de voz entre doliente y compasivo, obedeciendo, en esto, á otra de las fórmulas sociales, que manda compadecer al próji-

mo y ocultarle la verdad, siempre que, de observarse lo contrario, pueda resultar peligro de muerte. Y añadió:—Vaya si conceptúo exagerado el relato de miserias y enfermedades que se echa Ud. encima, cuando me atrevo á decirle que es Ud. el hombre más feliz, entre los muchos que conozco y trato. Y cuenta, que no son pocos.

—Vamos claros; la felicidad de un solterón, y solterón rico, por añadidura, no alcanzo á comprenderla, amiga mía; ni vale, si me apura, un puñado de alfileres. Con que así, aseguro á mi vez, sin intención remota de ofenderla, que es Ud. la que se equivoca en esa suposición, de medio á medio, ó finge equivocarse, por mera cortesía, ó por infundirme alientos..... Además, ¿qué felicidad puede haber, ni cabe imaginar, con este fastidio de todos los diablos? Digo, si los diablos llegan á fastidiarse tanto como yo. Empiece Ud. por considerar que vivo solo, completamente solo, en el caserón que edificué en las afueras de la población, con el firme propósito de aburrirme, á mis anchas, sin que de ello resultara desesperación ni molestia para nadie: lo cual es muy de alabar en un hombre de mis posibles, por mucho que me esté mal el decirlo. Y concluya

Ud. considerando, también, esta verdad que me resulta amarga; y es, no tener á mi lado un sér cualquiera, chico ni grande, que se interese por mí, ni tanto como lo negro de la uña. Y éche Ud. cálculos, Purificación, échelos Ud..... ¡Qué resultado tan desconsolador! Sacar en limpio, que la riqueza no sirve para maldita la cosa; y que el problema de mi vida, despejada la incógnita, no ofrece, en conclusión, sino un fastidio atroz y un aburrimiento intolerable. ¡Cuando digo que soy una ruina triste y solitaria! Aquí donde Ud. me ve: con todo lo que me rentan las acciones de Banco, y los papeluchos de crédito, no valgo dos cuartos; qué digo dos cuartos, ni siquiera dos cominos!

—Pero señor don Bernabé Torrijos y Torrezno—replicó la dama con la unción de voz más apropiada á la *fórmula* de dar consejo al que lo ha menester—el remedio lo tiene Ud. á la mano. Déjese Ud. de melindres y de *principios*; de hacerse el egoistón, y láncese á la marejada; zabúllase, si fuera menester; y salga luego á flote con ayuda de la mujer que escoja para compañera de los muchos y largos días de amor y felicidad que vivirá aún.....¡Vaya si vivirá! en este valle de miserias y alegrías,

calumniado y aborrecido, eso sí, á despecho de las conveniencias y las fórmulas sociales, por gentes pesimistas ó aburridas que cuentan con un fortunón tan saneado y redondo como el suyo, queridísimo Torrijos.

—¡Nunca!.....¡imposible!—profirió el solterón, un tanto descompuesto y atufado.—Lo que Ud. indica, me suena á música celestial; y no es ese el camino, ni yo entiendo de tocar el violón, ni de llevar en paciencia que otro me lo toque á mí.—Y reponiéndose, luego, balbució:—el remedio sería peor que la enfermedad.

—¡Qué Torrijos! ¡Se sulfura Ud. por nada!—exclamó la consejera, entre festiva y malcante; y se dejó decir luego:—Qué mucho que le aconseje á Ud. de esa suerte, cuando tan feliz me considero con Penco, mi esposo, á quien no faltan ciertas originalidades ó extravagancias, según quiera Ud. llamarlas; y con Alegría, que también gusta de ellas su poquitín por no desmentir que es hija de su padre, retoño del propio árbol. El matrimonio, Torrijos, es la única base ancha, firme y estable de toda felicidad, real ó supuesta, que podamos sentir ó imaginar de tejas abajo. Insisto, pues, en que Ud. se case, y no se me ha-

ga el egoistón, al igual que las mocitas casaderas. Estas dicen por ahí, en media feria, *no quiero, no quiero, échame lo en el sombrero*. Con que así, pelitos á la mar, y doblar la cerviz.

—Digo, y repito, que nones. La mujer que apetezco, por encima de todas, se burlaría de mí horriblemente, si llegara á comprender el cariño que la profeso. No; que me lleve antes pateta, si he de caer al fin en la tentación de exponerme declarando un imposible. ¡La vergüenza que esto me traería! Prefiero mil muertes á la irrisión de una burla.....Si no halla Ud., á mano, otra medicina, moriré abrazado al mal de mi soltería, como el borracho á la cuba. —Y añadió, mentalmente:—¡qué hermosura tan saludable la de esta mujer! ¿Si yo me atreviese?.....¡Atreverme? y me quedo lelo con solo mirarla.....y..... mejor es así, porque se reiría de mí el decoro de Purificación. Ni que fuese yo un petate.....

—Pues ¡toma! un viajecito de recreo,—contestó la señora, que parecía haber escuchado el párrafo mental de Torrijos, y con la más sana intención de apartar de sí todo riesgo ú ocasión de pecado.—¡Es Ud. tan limeño! ¡tanto se deshace por las de allá, y se le caen

las habas por el *Sur*, que, francamente, váyase Ud. Torrijos, se lo aconsejo de veras.—Y dijo esto con voz tan firme y varonil, que se traslucía el propósito á través del consejo.

—¡Me echa Ud. de su lado! ¡Entendido!—repuso el solterón, con cierto dejo de amargura y reproche.—Me largaré con la música al *Sur*.....A donde Ud. indique ó mande.....¡Justo!.....¡No había yo de obedecerla?.....Ciegamente, Purificación. Doy un abrazo á Penco, y en seguida, á reunir la mar de loros y pericos.—Y tornó á decir por lo bajo:—verdaderamente es guapa y atractiva esta mujer; pero tiene unos modos de alejarme.....

—Diga Ud.; ¿y esos bichos?

—Finezas. ¡Cosas de capricho! ¡Quién no tuvo alguno, siquiera una vez en la vida! A mí, v. g. me da fuerte por las mujeres casadas. ¡Siempre lo imposible! ¿No es verdad, amiga mía?—Y otra vez más, el pensamiento de aquel hombre concluyó diciendo: ¡la solté! ¿qué efecto hará la bomba? ¡Oh! el decoro.....

—¡Qué barbaridad, Torrijos! ¿No lo dije? ¡Al Sur!.. ...¡Al Sur!.....Por lo visto teníamos en casa otro infractor

---

de las leyes del decoro y las conveniencias sociales.

Levantábase ya, cuando se dejó oír la voz de Alegría, que clamaba de nuevo, implorando la prometida ayuda; porque, lo que es élla, seguía tan enredada como antes, y el cabello se le volvía una maraña inextricable, por mucho que se afanase con dedos y batidores.

La madre que temía á su vez el enredido de atrocidades en que pudiera envolverla aquella ruina triste y solitaria, aprovechó la coyuntura que se le presentaba de escurrir el bulto, como si tal cosa, y, sobre todo, de sacar á flote las fórmulas sociales; recomendando sí, al iluso don Bernabé, que recrease la vista y el pensamiento en el álbum de curiosidades que estaba allí, á la mano, mientras ella desenredaba á Alegría, que sería en seguida.



## VIII

### LA DONCELLA.

**D**ON Bernabé Torrijos y Torrezno de los íntimos de la casa, y hasta pariente lejano de Penco, no podía faltar en ocasión tan señalada y solemne. Iría á bordo; daría el brazo á Purificación; y con esto, sus tímidos afanes de burlador de maridos, se aplacerían al menos, en la contemplación muda, tranquila y sosegada, de aquel modelo escultórico, de carne y hueso para Penco, para él ¡ay! de frío é insensible mármol. ¡Lás-

tima grande, ó irremediable, según el cariz de las cosas!

Este Torrijos, por causa de unas calabazas que me le dejaron tamañito, dió, desde los albores de su vida, en la caprichosa y rara extravagancia de no requerir de amores á las solteras, en pena, según él, de la descortesía con que le pagó sus finezas la ingrata que le propinó aquel fruto maldito, símbolo de la sosería; y, de entonces acá, sitiaba y bombardeaba las plazas fuertes, únicamente; las que contaban para su defensa, con bombas y granadas capaces de barrer un ejército de Tenorios; y, supuesto además, que la fortaleza de la mujer, se viese, en todo caso, amparada y sostenida por la recelosa vigilancia de un marido.

¡Un marido!.....¡qué atrocidad de pensamiento! ¡y qué pedazo de bárbaro!

El desquite era absurdo como el personaje que lo pretendía; pero lo arduo del empeño, y el peligro de la intentona, le encantaban de modo y forma, que veía siempre por los suelos la honra de todos ellos, y comprobado ya, aquello de *fragilidad*.....y lo que sigue.

Pero, lo cierto y averiguado, es que Torrijos no llevó á la práctica su en-

demoniado pensamiento; y menos, su venganza *ideal*, supuesto que las tentativas de seducción no pasaron nunca, en él, de mentales. Baste decir, que jamás pudo averiguar el sabor ó la dulzura, de la fruta propia ó de la ajena.

Con esto queda dicho, también, que la manía de don Bernabé era de todo punto inofensiva; pues, ni causaba escándalos; ni empañaba honras, ni conseguía triunfos, ni otra cosa hacía, el infeliz, que pretenderlas en espíritu y seducirlas con la imaginación. Cosa de nada.....Un idealismo rabioso y desenfrenado; que le traía á mal andar por su matrimonio con la insuficiencia de la aorta. ¡Desgracia mas inaudita!.....

Consecuencia originalísima de todo esto, y mortificación de más de la marca, venía á ser el que se encendiese de rabia, delante de una soltera, ó tiritase de frío, en presencia de las casadas, por el susto, la congoja y el temor de declararse á la hembra en lo que estribaba su mayor dificultad para llegar á la posible realización de tan desbaratados pensamientos y tan condenados propósitos.

Construyó un edificio ó caserón de tres altos, en las afueras de la ciudad; lo pintó luego de un colorcillo *gris* que

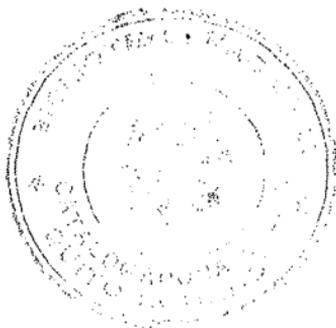
resultaba llamativo, y se metía en él por temporadas de verano, más ó menos largas. Cuando salía, si es que llegaba á salir, de vez en cuando, era para quejarse de la jaqueca, el reuma, la insuficiencia aórtica, y cuanto Dios crió y clasificó la ciencia. En invierno, andaba por el sur: es decir, por la ciudad de los Reyes, á la cual era aficionadísimo; y á tal punto le encantaba y rejuvenecía, además, la ciudad aquella, que de buenas á primeras, la aorta le parecía suficiente, y el reuma se iba por la posta, y los cólicos me le dejaban en una paz octaviana capaz de poner envidia en la barriga más sana y formidable, v. g. en la del propio Panza, ó el propio Penco.

Mas detalles, *por si acaso*: era moreno, narigón, desdentado, algo levantado de hombros y cargadito de espaldas; y muy largo, pero muy largo de orejas. Vestía pulcramente, usaba lentes con montura de oro, muchos brillantes en la camisa, poquísimo atrevimiento en la lengua.....y basta de filiación.

Viéndose, pues, solo, en el salón de Penco, frotóse las manos el grande y formidable Torrijos; y, pensó ó se dijo, conforme se alejaba Purificación:—¡Qué santa y que picaronaza! ¡Cuando digo

que se burla de mí con sus apuntes de viaje y casamiento!.....Me pongo memo en cuanto la veo.....Con que, el álbum ¿eh? Como quien dice un chiquillo entreteniéndose con pajaritas de papel. No está mal pensado. ¡Si soy un bebé delante de esa hembra! ¡Un baboso!... y, vamos con el álbum.....

En esto sintió ruido de pasos hacia la puerta; y, volviendo la cabeza, y acomodándose los espejuelos sobre el enorme caballete de la nariz, para mejor mirar, pronunció en tono displicente:—la doncella.





## IX

### NO LO ERA.

**P**ERDONE usted, señor, que le haiga molestao. Creí que la señora.....

—Cuenta con lo que dices, muchacha, que si á faldas vamos, no las gasto cortas ni largas.

—La verdá, perdone usted y dispense, y pasarlo *perfectísimamente* bien..... Vamos, que los cuatro ojos, le resultan *naa* pa mirarme—dijo la doncella por lo bajo, en ademán de retirarse.

—¡Oye! buena moza. ¿Cómo te llamas?—profirió el solterón, atreviéndose por esta vez.

—Clara, pa servir á usted.....¿Mandaba usted?

—Mujer, yo no mando nada.....Bonito nombre tienes. ¡Y muy claro! ¡muy claro! sobre todo. Te cae á maravilla. De perlas, hija, de perlas! Y seguro que gastas una franqueza..... Acércate más.....Así.....Vamos. Otro poquito más.....Èso es.....Con que, muy franca ¿eh?

—Tanto, que la verdá, la franqueza me salió carita, pue.....lo que no se puce decir. Pero mire usted, que traigo un recaó y voy á pasarlo.

—No te apures, Clara, por tan poca cosa. A su tiempo lo darás. Dime—retrepándose en el asiento y relamiéndose los labios como con una golosina—¿tienes novio?

—No señor; digo, lo tuve; pero la verdá, de esto hace la mar de tiempo, ¡ay! *muchisísimo* tiempo.....Se llamaba el *indino*.....Pue ¡toma ¿cómo se llamaba? ¿recuerda usted?

—Qué pregunta, mujer. Si nunca le conocí.....Llámale Pascual ó Benjamín ¡qué se yo! Lo que importa al caso, es

saber por qué no llegaron Uds. á casarse.

—Pue ¡toma! Ya se lo dije á usted; por aquello de la franqueza, y la claridad y la prontitud en el querer. Me dejó plantaa, y con un palmo de narices..... así—acentuando las palabras con la respectiva mímica.

—Por lo visto, tu soltería ó viudedad lleva marea larga. ¡Lástima de muchacha!—Luego, frotándose las manos, otra vez más y con acento baboso, añadió:—Si fueses casada.....¡toma! que te sacabas el premio gordo, mala cabeza. Me da fuerte por la mujer ajena.—Y dijo para sí—puede que me atreva con la sirvienta; ó, más claro, que esta Clara sea al cabo mi primer atrevimiento.

—La verdá, no lo deje usted por eso. Oiga usted señor mío, hasta cierto punto puee decirse que.....

—Eso.....Explícate...¡Ajá!

—Que soy la mujer de ese indino; es decir, de palabra, porque él me ofreció, yo aceté, y luego.....pué, lo de siempre caballero, según lo solté endenante. ¡Una calamidá!

—Verdaderamente, ¡una calamidad!  
—repitió Torrijos.—Pero el caso es, que á mí no me gustan esos matrimonios

consumados por detrás de la Iglesia. Los que me privan son los *tridentinos* ¡fíjate bien! los otros me apestan de verdad. ¡Una lástima!.....Cásate Clara.....y, ya verás lo que vale una cláusula testamentaria.....

--¡Si el primo quisiera! porque yo tengo un primo.....Es, al decir, algo simplón; pero, mire usted, con estas carnes--arremangándose el brazo y poniéndolo, materialmente, sobre el caballete de la nariz de su interlocutor--y esta pulcritú, y este aseó, hay pa volverle el juicio al mismísimo *ursumcorda*, cuanto más al petate de Serafín.....

A todo esto, Torrijos y Torrezno se sentía desfallecer, pálido, sudoroso y hasta con ganas de dar al traste su vieja y formidable repugnancia al género solteresco, y, ¡oh debilidad inaudita! llegó á extender la diestra, agitado y convulso, con la intención pecaminosa de apoderarse de aquel brazo que le estaba aplastando las narices, sin poder conseguirlo; pues la muchacha que, por lo visto, se pasaba de ladina, exclamó partiéndose de risa:--¡Eso nó, señor mío! Puce quedar, pa cuando nos casemos el primo y yo: que será, una prontitú en hacerlo.....pue, si usted quiere.....y se empeña.....y lo demá.....

Y salió disparada en busca de la señora, mientras la fortaleza de Torrijos se quedaba con la boca abierta, á modo de tronera pronta á disparar algo que no se atrevió á salir por falta de blanco. Sacó, luego, el pañuelo, y, enjugando el copiosísimo sudor que le bañaba el rostro, murmuró quedamente: —Estoy fatigado de veras. La insuficiencia aórtica no da para estos enjuagues.....Siento un jadeo, igual que si hubiese trepado una montaña. ¡Condenada suerte! Nunca la ví más negra. Como quien dice, á la mano, y la dejo escapar por odio á la mujer soltera, que sino.....¡Cuenta Torrijos con entregar el número uno, en otro sofocón de estos!.....Pero, francamente, la doncella es de codicia; dulce y sabrosa, con ó sin cercado ajeno.

Y añadió tras breve pausa mental: —¡Qué álbum! ¡ni qué niño muerto!..... Y esa Purificación tan guapa y atractiva. ¡Bah! Vamos claros, Bernabé, ¿te habrá echado ella la sirvienta con la intención de despistarte?.....¡No! que es incapaz de esos belenes, y de infringir el orden y las fórmulas sociales. En fin y postre; se hará lo que se pueda, entre Scyla y Caribdis; digo, entre la señora y la criada.

Dicho lo cual, sacó un cigarro de papel, lo envolvió pausado, encendió una cerilla, y á echar humo por la boca, y almacenar en la cabeza un sin fin de alvosías contra el señor Penco, ó el primo Serafín: dos prójimos burlados, á poco que se atreviese.....



## X

¡¡¡PUMMM!!!

**A**SI se anunció don Pedro Pablo Pen-co; ó, si se quiere, el vapor del Norte, aquel lunes de Setiembre, ya muy corrida la tarde.

¡Y aquello fué la mar! Digo, nadie se entendía, ni se estaba quieto, en el antes pacífico hogar del anunciado Pen-co. Todo era movimiento, confusión, rebullicio y ajetreo.

Doña Purificación reprendía á la hi-

ja que en ese punto y hora, no se daba cuenta exacta de si le faltaba el agujón del moño, ó le sobraba en la cara, un *barrete de polvo*.

Clara daba vueltas y más vueltas, sin rumbo fijo ni derrotero conocido, marcando al insigne Torrijos y Torrezano, cada vez que podía hacerlo, sin faltar á la ley de las *conveniencias* y al asustadizo decoro de su señora, con un relampagueo de ojos que daba miedo; y al infeliz y chillado solterón, un color se le iba y otro le venía con el mareo de la criada y el embelesamiento que le producía la arrogante hermosura de la noble dama, que, á poco más.....¡carnastos! con la dichosa suerte de Penco. El muy tuno no merecía poseer aquel modelo escultórico, por mucho que bondadosamente se le concediese.

Quiñones no podía faltar, y en efecto no faltó. Correctísimo, pulcro; sin una arruga en el *chaquet*, ni asomos de rodilleras en los pantalones, se apareció de pronto vestido de claro; y, cual si el apuesto mozo fuese una racha que soplabá de improviso sobre la agitada superficie de ese mar alborotado, el movimiento y la gritería aumentaron al extremo de que aquello más parecía un resalsero de olas, que un salón presidi-

do por la histórica figura del señor Penco y su potentísimo vientre.

La diablesa por una parte, como si tuviese dentro del cuerpo un huracán desatado que la llevara en vilo, iba de aquí para allá, y de acá para acullá, en alas de todos los vientos; y la doncella por otra, á fuerza de atrevidos tumbos y rápidas bordadas, procuraba acercarse al peñón de Torrijos, raspándole con las aletas de los brazos. Tales, tan fuertes y tan bruscas fueron las tremendas embestidas con que le sacudía aquella nave velera, que el bendito solterón temblaba de piés á cabeza como un azogado, y se sentía morir á cada nueva y firme arremetida, falto de aire y de respiración, temiendo que la aorta concluyese por matarlo de veras.

Gracias que apareció, luego, en medio á la agitada superficie de aquel mar revuelto y sacudido, el grave y reposado continente de la insigne Purificación; la cual, con un *vamos* tranquilo y magestuoso, logró calmar, al punto, el borrascoso oleaje que desbarataba ya, toda fórmula de cortesía, toda conveniencia y toda compostura. Apoyóse en la trémula diestra de Torrijos, echó á andar, y bajó las escaleras seguida de Alegría y Quiñones; aquella ciega como de

---

costumbre, éste, aumentándole la maldita ceguera con su brillante esplendor de Apolo cortesano. En tanto, la doncella, que cojía las ocasiones á tiro, desde el rellano, y apoyada en el barandal, murmuraba, por lo bajo, entre envidiosa y entristecida contemplando la escena de aquel magnífico *descendimiento*: ¡quién fuera *Netuno!* digo mal ¡quién fuera la señora!

Por lo visto, la fámula cazaba largo.



## XI

### PANZA Y BOMBO.

**P**ENCO era muy negro; muchísimo más negro que su hija, en punto de color; bajo de talla, rechoncho y mofletudo, no muy cargado de espaldas, y abundantísimo de carnes; es decir, grueso y panzudo, hasta reventar; sobre todo, por la barriga. Las facciones, hechas las diferencias y salvedades consiguientes al sexo, la edad y la inverosímil gordura de bestia cebada, le imprimían, en el rostro, sin dejar lugar á du-

da, un sello auténtico de paternidad sobre la diablesa aquella de su hija, que, como el padre, era un reverso, también, del incorregible formulismo de doña Purificación, esa santa mártir de todas las conveniencias, que se enhebraba en disputas más ó menos fútiles ó acaloradas, por lo que en sí no valía dos centavos de sucre, ni siquiera la gota de bilis con que se envenenaba la sangre.

Charlaba mi hombre, hasta por los codos, con una garrulidad y un desparpajo verdaderamente asombrosos. En esto sí que era esclavo de las fórmulas tribunicias; y, á veces, de las académicas; por mucho que no perteneciese al género soso. Gastaba bromas que, á menudo le resultaban pesadas, aún sin quererlo, y sin la menor intención de ofender ni lastimar al prójimo que fuese objeto de sus burlas y chanzonetas. Se reía de un entierro, gracias á la sana costumbre, inveterada en él, de no perturbar sus digestiones por maldita la cosa. Podía desquiciarse el orbe entero ¡y tan tranquilo! ¡Serenidad pasmosa! Impávidez de estoico, fundada en la consideración suprema de llevar el estómago muy arregladito, algo como una válvula de seguridad contra las temibles explosiones de los vapores de la gu-

la. Ciertamente, por otra parte, que su decantado estoicismo era hasta la fecha, pura suposición; pero, en fin, allá se vería.....

De tejas arriba, creía el señor Penco en la inmensidad del espacio; y de tejas abajo, en la inmortalidad del cangrejo; á lo menos, así se lo figuraba y lo repetía, á diario. Pero, si fuese ó no muy arraigado este credo, es punto en que el lector queda á sus anchas para resolver lo que tuviere por más *conforme á derecho*.

Por lo demás le sobraba llaneza; y, si se quiere, buen humor, pulcritud, *donaire*, y hasta un si es no es, de malicia suspicaz; que en nada reñía con su celebrado epicurismo.

—Un estómago hambriento, es la mayor infelicidad que pueda sobrevenirle á cualquiera: la desgracia en su colmo, la muerte, que entregada á horrible solaz, se goza en despedazar las entrañas de un pobre diablo, tirando de ellas con la simbólica guadaña, que pasa á ser, por conjuro del hambre, espe-luznante realidad. En cambio, dénme ustedes una panza llena, satisfecha hasta la hartura, y á renglón seguido, me atreveré á decir que ya cuenta el feliz mortal que disfruta de ese bien asequi-

ble, á todo hijo de varón, con el indisputable asiento de la felicidad, por donde quiera que se la mire; porque allí reside, como dos y tres suman cinco. ¡No cabe dudarlo! ¡ni un ápice siquiera!..... ¡que no cabe! vamos.....¿A mí, con ayunos y maceraciones de la carne? ¡Voto á sanes! ¿pues no equivale esto, á falsificar la vida? ¿y á que el género humano se suicide, esa es la palabreja que encaja de molde, por el gustazo tonto y disparatado de complacer—sabiéndose, palpándose que aquello envuelve una tentativa nefanda contra todo linaje de felicidad—á media docena escasa de hambreados, que se ven y se desean para embaular en el estómago, un mal zoquete de pan? Esa antifona con que nos salen, es puro desquite, y tontería supina, y maldad extrema..... ¡Cuenta con las prédicas atroces! Mucho ojo, con esa propaganda funesta, antisocial, inhumana; y qué sé yo ¡canario! De lo contrario ¿cómo crecer y multiplicarse, que dijo el otro y repitió Moisés, si es que llegó á decirlo el primero? Porque yo no lo creo, señores, no lo creo; supuesto que era inútil expresarlo de viva voz. La especie, de por sí, tiende, indefectiblemente, á la reproducción; lo demás, á la porra. Es cosa

de instinto, de impulsión, de necesidad ciega é invariable.....La hermosura, el placer, el gérmen del crecimiento, entran por la boca; y cuanto se diga ó haga, con el propósito honrado, ó la mala intención de sacarme falso en asunto de tan vital importancia para las generaciones futuras, es chanfaina y pura mentira; egoísmo, envidia, hipocresía y conveniencias del momento, falsas, falsísimas, y ridículas, además, aunque tan apegada á ellas se muestre *nunc et semper*, mi idolatrada y por mil títulos incomparable Purificación.....No existe, ni existirá jamás; fíjense ustedes bien, en lo que estoy diciendo: ni existió nunca, ni existe, ahora, ni existirá, en adelante más ley fundada en la naturaleza animal, la única verdadera y cierta, por otra parte, sino la nutrición para el goce y la indefinida renovación de la especie.

Tal era el ritmo y la sustancia de las parrafadas brutales y egoistas en que el señor Penco incrustaba, con aplomo inaudito y sinceridades de creyente, lo que él llamaba sus ideas, su compendio de filosofía positiva, basado en la experiencia y la comprobación de todos los siglos y todas las edades: desde el mo-

no antropomorfo, ó antes si se quiere, hasta nuestros días.

Y no es para que se sorprenda nadie, porque yo la dé en crudo, sin quitarle ni ponerle, á fuer de verídico narrador de sucesos pasados.

Huelga, también, decir que merced á esa doctrina y tales premisas, sólo admitía como precepto de necesidad evidente, el allegar caudales para agasajo del paladar y regalo de la *panza*; pues, en su concepto, no bastaba tragar, sino tragar de lo fino, por diferenciarse, en esto, de las bestias, que al fin y al cabo, no se pagan mucho de distinciones, ni de clasificar manjares, entrando en prolijos y minuciosos detalles, que estaban demás, "cuando no se tratase de poner á salvo, los fueros sacrosantos de la dignidad humana".

Santiaguito Quiñonez le llevaba el amén, pues el secreto de la felicidad consistía, para el gallardo mozo, entre otras cosas, en no disentir jamás de las opiniones ajenas, por disparatadas que fuesen. El espíritu de contradicción era ya de por sí una desgracia, y llevado á la práctica, la más inaudita calamidad que cabía imaginar. Así, nunca se atrevió á oponer cosa alguna que sonase á contradicción de lo que afirmaba su in-

terlocutor, aunque fuera ello una barbaridad de más de la marca, como la doctrina Penquista, pongo por caso. ¿Que le llamaban chino para arriba y chino para abajo? Pues bien, si á usted le parece, seré todo lo chino que quieran llamarme ¡y tan frescos! ¿Por un quítame allá esas pajas, había de llegar él hasta la brutalidad de un desafío? ¡Nó, señor! ¡ni pensarlo! ¡La vida es tan hermosa! ¡y las mujeres tan apetecibles! que bien podía pasarse uno de comedido; evitar réplicas, y con las réplicas los disgustos, y con los disgustos, los encontronazos, las magulladuras y los pinchazos de á jeme. Todo, con tal de gozar sin estorbos, ni sombra de cuidado, de los encantos de las unas y de la hermosura de la otra. ¡Cuántos no le envidiarían, por lo bajo, la santísima paciencia con que asentía á cualquier disparate tamaño que saliese de la boca de un vecino!

Con aquel su sistema de acomodo tan fácil y discreto; con tan peregrino *mudos vivendi*, se tenía andada la mitad del camino; y, la otra mitad, con el bombo que metía, mucho más sonoro, si se quiere, que los propios ruidosísimos labios de su prometida.

Pero lo que conturbaba el espíritu

de doña Purificación, de una manera atroz, imponderable; lo que la hacía entrever una infracción perenne de las reglas de la decencia y el decoro, de parte de su presunto yerno, era el hecho evidente, evidentísimo, y por demás sabido, de la falta de recursos propios en los bolsillos del rumboso é irresistible Quiñones para sufragar los gastos de tan señalada farsa y tan estupendo bombo. Parece ser que Santiago no jugaba ¡bueno! ni entendía de petardos, ¡mejor que mejor! ni.....pues ¡caramba! ¿de dónde diablos salía entonces la veta inagotable y poderosa que daba oculta y sosegadamente ¡prodigio sin igual! para aquel regalo, aquella comodidad: y, por último, para aquel fausto espléndido, envidiable, pomposísimo del resonante mancebo?

Cierto: ese gastar rumboso; aquel vestir correcto y pulcro; las pecheras y los puños siempre tan blanquitos y relucientes; las tres ó cuatro docenas de vistosísimas corbatas; la variedad llamativa de unos hongos tan finos y escogidos; las innumerables cadenitas de reloj; los anillos con brillantazos como avellanas; el ¡pum! ¡pum! ¡pum! del incesante bombo que metía Quiñones en cualquier sitio, hora ú ocasión, ya

se tratase en serio ó en broma, ya de un suceso en que fuera oportuno partirse de risa, ya de otro lacrimoso en que convenía hacer pucheros y llorar á mo-  
co tendido, ora de bailes públicos ó pri-  
vados, ora de regatas, carreras de ca-  
ballos, lidias de gallos, giras campes-  
tres, ó, por decirlo de una vez, de cuan-  
to se relacionase con exhibiciones y de-  
leites mundanos: todo esto, y otro tan-  
to más, traía á la ilustre dama fuera de  
sí, inquieta y nerviosa, con un afán im-  
ponderable de sorprender el velado se-  
creto, como si se tratase, nada menos,  
que de la cuadratura del círculo ó de  
soldar algún roto eslabón de la cadena  
social.

Ella había de descubrirlo; lo daba  
por hecho; sobre todo, con la llegada  
del gran Penco á quien pondría en se-  
guida, al tanto de todos sus pensamien-  
tos y todas sus cavilaciones, pues el  
asunto lo merecía, por lo que significa-  
ba, por sus trascendentales consecuen-  
cias, y por tratarse, en fin, de algo ínti-  
mamente relacionado con la incurable  
ceguera "de la hija de sus entrañas".

¡Vamos! que esto equivalía á batir  
aquel par de cataratas que en los ojos  
del alma había plantado á la diablesa,  
sin más ni más, el condenado de *Bombo*.





## XII

### RETAZOS.

**A** recibir á Penco; y, fuerza es decirlo: los enamorados pensamientos de Quiñonez y Alegría, convergían en aquel instante, como es fácil suponerlo, á un solo punto ¡qué punto tan negro! con paradoja y todo. ¿No estaba representado por el señor Penco, cuyo rostro tiraba, muy á disgusto de doña Purificación, que hubiera querido verlo menos atezado, á un colorcillo de madera negra, contrario á ciertas conveniencias de linaje?

Mas, si tales y tan enamorados pensamientos pecaban por su egoismo exclusivista, no eran para condenados, ni mucho menos; pues, diciendo verdad, el amor que nos le pintan ciego, no ve más allá del objeto adorado, por mucho que nos alumbre y abraze el alma entera.

—¡Por fin!—exclamó á un mismo tiempo la dichosa pareja, mirándose con pasión, y adelantando por la calle del Teatro, para cruzar, luego, á la derecha, por la de Luque.

¡Por fin! Esto es: llegó papá y con él, el cachito de felicidad que nos faltaba para tenerla completa. ¡Oh día de risueñas esperanzas! ¡Qué hermosa es la vida, y cuán dulce el amor! Nos plantamos delante del cura sin esperar á más, y acabóse.....porque seremos:

—Tú mi mujer, Alegría.

—Tú mi marido, Santiago.....

—Lástima de sol, que sino.....

Ruborizóse la joven por la intención con que el galán pronunciaba aquella frase de improviso y á cielo descubierto, que sino.....también ella.....

—Cuenta, querida, no me dé el gran chasco por alguna nueva *inconveniencia* de la mamá, que será mía.....Digo,

si no me juega alguna gorda; porque lo que es tragarme, no me tragá, ni tanto así, de algún tiempo acá. Ha dado en cavilar no sé qué cosas.....suposiciones.....¡y vaya sí serán feas para que me ponga esa cara de asco que revienta, francamente! ¡Ni si fuera uno un perdido! ¡Pshe! ¿Defectillos? Los reconozco, desde luego. Todos juntos no valen un mal pensamiento; ¡y se empeña tanto tu madre en descubrirlos y echármelos á la cara para ensuciarte con ellos! Vamos claros: ¿quién está libre de faltas leves ó de caídas dolorosas en este pícaro mundo? Nadie, paloma, nadie. Pero eso sí, llámeme yo mía á boca llena, y adiós mundo.....soy todo tuyo, Alegría. Tuyo sin mácula de pecado, qué digo pecado, ni siquiera de intención pecaminosa, que es por donde empieza el diablo á enredarnos y á hacer de las tuyas. Mas, si llego á perderte por desdicha mía, ¡cataplúm! que me entierren, en seguidita, pues me quedaré tieso de golpe. Soy mozo de palabra: al hoyo.

—¡Me entran unas ganas de irme al Sur! Arreglo la maleta y tomo el vapor que trajo á Penco—balbució Torrijos con una cara de tristeza, que contagiaba.

--Vamos, Bernabé, que es mucha prisa aquella. Tiene usted que llevar consigo algunas finecitas; y además, nadie le echa de su lado--contestó la dama sonriéndose y guiñando los ojos con picardía maliciosa.

--Bonito estás tú, mala cabeza. Que no te mueras--contestaba Alegría--corre de mi cuenta. Iba yo á dejar que te empareden sin más ni más.....Pero quiero apuntar un deseo, y es: que, antes de llamarme tuya á boca llena, te enmiendes, Santiago. ¿Qué te costaría ello? Nada. Un poco de voluntad, y esta anda por los suelos, según lo entornado del tiempo, y el cariz de las cosas. Mejor que mejor si mandas normalmente esos defectillos, hoy mismo. El caso da en qué pensar, pues mamá se aferra á una idea, y no la suelta hasta ver claro. Te evitas una docena de dolores de cabeza, cuando menos. Porque te los dará. Seguro; como si te doliese ya. Después de todo, cómo será éllo, Santiago. Tú mismo, llamas feas esas cavilaciones de mamá. Si tu maldad llegara hasta engañarme.....¡Oh! ¡Ni pensarlo! Me vuelvo loca.....¡de remate!.....Entiéndelo, por *si acaso*.....!

En esto, un tendero asomó las narices al vano de la puerta; y, calando

gravemente los quevedos, contestó al parroquiano que le interrogaba:—Entre la madre y la hija, decido no escojer. Me quedo con la primera.....y me quedo con la segunda, también; es decir, con ambas á dos.

Y se oyó dentro la voz del parroquiano que celebraba la ocurrencia:—apruebo el gusto,—decía.—Buen par de hembras.

—¿Engañarte yo?—repuso Quiñones.—¡Tontería igual!

Y al enfilar la calle de Luque, continuaba así:—En sustancia, de qué me acusa tu madre. ¿Del ruido que meto? ¡Valiente puñado de alfileres! Nada entre dos platos. ¡Vamos! ¡contesta! sin ese ruido, sin ese cascabeleo incesante de todas horas, sin aquel sonoro y galante trompeteo de la fama cortesana, sin el poquito de farsa por un lado y sin el poquito de bombo por otro ¿qué diablos ha de hacer uno, si aspira á cosa de provecho y á no pasarse la vida aumentando el número, y nada más, de la muchedumbre incolora, desconocida, anónima? ¿A que no me querrias tú sin esa bullita que tanto alborota la maldita suspicacia y las fórmulas de discreción y atisbo que gasta contra mí tu santa madre?—el Argos

vigilante que me sigue los pasos,—añadió por lo bajo.— ¡Claro que no! Santiago no existiría para tí aunque en la soledad de su pensamiento, te estuviese adorando de hinojos como á una santa. Tus ojos, no se habrían posado en los míos tan dulces y enamorados, ni la grana de tus labios hubiera aprendido á pronunciar mi nombre con esa vibración apasionada, que es delicia y música al oído; y, si por suerte rara, ese nombre dormía como un recuerdo vago en tu memoria ¿qué latido del corazón, qué gota de sangre podían llegar hasta despertar, alguna que otra vez, el olvidado recuerdo con amorosa delectación ó cariñosa complacencia, siquiera? ¡Nada! Me veías ó no me veías pasar á tu lado; y, en el caso improbable de que tus miradas se cruzasen con las mías ¿qué chispa iba á saltar de allí? ¿qué curiosidad ponías en ello? ¿qué inquietud ó desasosiego amoroso que te obligase á mirarme, de nuevo, se asomaría á tus negras pupilas tan grandes y brillantes? Allá va uno de tantos, dirías, si algo llegabas á decir; un guarismo.....¿Su valor? ¡Qué importa su valor! Me dá lo mismo que lo tenga ó no.....Y etcétera.....Pues si todo ello, y mucho que callo, por ser corto y hallar-

me donde me hallo, en un portal de la calle de Pichincha, no prueba de uno ú otro modo que los de mi *especie* somos hombres al agua sin el inocente ruidito que suena á bombo en los oídos de tu madre, venga Dios y lo decida.

—No adelantes, Alegría—pronunció la señora de modo que lo oyese la enamorada pareja, pues iba algunas varas atrás sin poder adelantar mucho, por causa de la triste *ruina* á cuyo brazo el suyo se enlazaba.

Un dependientillo, visible solamente de medio cuerpo arriba, con la vara de medir en las manos, el pelo muy alisado sobre las sienes, y como si tragase hielles, apuntó desde el mostrador:—¡Acomodarse asíese *lépero!* Plancha, plancha, replancha.....Y uno sudando el quilo por ganarse el *cum quibus*. ¿Dé qué sirve la formalidad, y el reventar hasta las nueve de la noche? Ociosón más afortunado.....

Hubo enfardelador que mascase, entre dientes, alguna indecencia, como pasasen junto á él, no por maldad, sino porque el deseo les sale á la boca en crudo.

—Vaya si te mira *esa*,—articuló Alegría con un gestecillo de malicia en la cara, é indicando, con el hociquillo esti-

rado, á una individua que acertó el paso por mejor flecharles desde sus negros ojos criollos, unas saetas envenenadas, de puro despecho de que pasasen á su lado sin mirarle, siquiera, los trapitos de cristianar, ya que no el palmito de flor que se abre apenas al sol de la primera juventud.

—¡Qué embeleso de *niños!*—apuntó la mocita con mal disfrazado reproche de envidia.

Miróla Santiago de soslayo, y contestó luego, alzandò los hombros:— ¡Psh! Está la pobrecita que se ahoga, y pidiendo brisas que la refresquen y mimen. Lo que es por mí, ya puede agostarse con el resquemor que lleva en la sangre.

Un gomoso les salió al paso en uno de los portales del Malecón; saludó cortesmente y, retorciéndose, luego, las enceradas guías del ralo bigotito, fué siguiéndolos con la mirada, la boca hecha agua, más que por la golosina en sí, por lo que el caso significaba para los harto necesitados bolsillos de su amigo Quiñones. Quedóse allí rumiando un sin fin de pensamientos que irían á parar, todos ellos, en el más firme propósito y la más honrada intención de seguir la plácida corriente de Santiago;

pues un ciego lo vería; el chapuzón aquel resultaba tónico y saludable sobre toda ponderación ó encarecimiento. ¡Si él lograra pescarse algo parecido.... ¡Vaya! Conseguía salir de menudos apurillos que le tenían á la fecha corrido, y casi, casi, viéndole las orejas á la vergüenza.

—El condenado muelle está que trina —profriró Torrijos—y, francamente, el cuerpo no me pide remojos de la laya.

—Fuera cuidados, Bernabé—contestó la señora,—que en último caso, tanto da que sea lo aorta ó el agua, ó ambas juntas, las que nos tapen el resuello.

—Agarrarse firme, Alegría,—dijo Quiñones, tendiendo la diestra para que se apoyara en ella la muchacha, al descender al embarcadero por el plano inclinado que forma el reflujó de la marea.

Por lo que hace á Torrijos, parece que le sostenía doña Purificación, aunque él lo negase allí mismo, contestando á una broma de Quiñones. Y lo seguirá negando, así lo aspen.

Ya están á flote. Abur, y buen viaje; pues opino por que el lector se quede en tierra, pisando firme, que ya encontraremos, al volver la hoja, y<sup>e</sup> en capítulo aparte, la figura natural del recién llegado y venturoso Penco.



## XIII

### LA TEORIA DE PENCO.

**A**QUELLA misma tarde hubo banquete, y de los más sonados, en casa de Penco, supuesto que para el insigne y rumbo viajero, en punto de festejos, nada había comparable á las delicias de una buena mesa que saciara, opípara y regaladamente, la terrible voracidad de su apetito, á todas horas despierto y exigente.

Así y todo, por no abusar, lector amable, de tu santísima paciencia, haré

que pase de tus labios el amargo cáliz de verte obligado á seguirme por los laberintos de una descripción menuda, sobre lo que fué aquella mesa en que el señor Penco se dió, como si tal cosa, el más cumplido hartazgo de *felicidad doméstica*, según el *hambre* de familia que traía; pues, si las emprendió, firme y resuelto, con unas magras americanas, media pechuga de pavo relleno y sabrosísimo, y casi una corvina entera; si devoró en un santiamén el pastel de liebre, ó acometió, en seguida, á la blanda y jugosa carne de unas perdices trufadas, y dejó vacías, ó temblando, más de cuatro latas alimenticias de esas que para regodeo de tales bocas y tales vientres, ofrecen á diario, en rótulos y papeles, Baracco y Tallet, fué por cumplir ¡oh espejo de caballeros! los más triviales deberes de cortesía y buena crianza. ¡Si lo sabría bien él! De lo contrario, le bastaba, á su apetito, con saborear aquel momento de dulcísimas expansiones; con abrazar á Purificación, hermosa y serena como nunca; con plantarle uno, dos, tres besos, en la frente ó las mejillas, á su traviesísimo facsímile; esto es, á la encantadora monita "que contaba, aún, los años de su vida por otras tantas primaveras risue-

ñas y floridas", según el sentir del hombre gula, cuando le quedaba tiempo para ello, tras los hartazgos de la panza. ¡Claro! Con la barriga llena se ponía el señor Penco, en punto de almibar, se deshacía en mimos y todo él era arranques de cariño paternal y fruiciones maritales. Marido más baboso, y padre más merengue, no le había en aquel punto y hora.

Pero, después de todo, es lo cierto que devoró, al igual de siempre, las viandas succulentas y los apetitosos, exquisitos y delicados manjares que hacían de aquella mesa el verdadero agasajo con que fué recibido, al pisar el suelo de sus mayores, un sujeto tan pagado de su vientre y de su gula.

Y, á los postres, con la copa del ligero y festivo *champagne* en la mano, fué el oírle el discursito de cajón, discurso en que, por costumbre arraigadísima, lucía, revueltas y confundidas, sus dotes oratorias de académico y tribuno. La tal perorata era, á lo que entiendo, algo así como poderoso digestivo que propinase á sus comensales, cuando la boca no le servía ya para cosa de provecho, según lo que había embaulado, y se pasaba de facilillo tocar con la punta de los dedos lo mascado y

deglutido; digo, si alguien se aventura-se hasta querer palparlo.

Y rompió á hablar:—No admito contradicciones, señores, ni reservas mentales, en punto tan delicado y de consecuencias transcendentales para lo futuro. Este baño de civilización me ha desasnado por completo. ¡Chuletas! Y que es fuerza decirlo: las orejas del asno me delataban á lo mejor, por mucho que yo me empeñase en ocultarlas. ¡Las cosas claras y el chocolate espeso! El poco espiritualismo que me llevé en los bolsillos, de la tierra natal, pues acá tenemos la bobería de no soltarlo del todo, hizo la del humo en cuanto logré pisar el *cerebro del mundo*. ¿Que á ustedes les suena á paradoja? Equivocados, señores y amigos míos; y equivocados por mitad de la barba. Cuenta con el parchazo, hombre, y que sería seguro. ¿Que no lo entienden? Bah! Pues, allá me dije: aquí no hay sol que aniquile, que me tueste la carne, que se chupe, insaciable, los pobres y escasos jugos de vida con que la Naturaleza nos echa á rodar por esa llanada ardiente del mundo americano que apellidamos patria; nada de calorcillo que me deje en *espíritu* hecho un manojo de nervios cuyas violentas ó locas sacudidas

engendran todas las tempestades, todas las amarguras, todas las caídas dolorosísimas que se suceden, unas tras otras, en la efímera existencia del hombre sobre la superficie del planeta que llamamos Tierra. Pues á reparar, hombre, la máquina, aunque nunca fuí de los más necesitados. ¡Cierto! Y encontré que la vida era hermosa, y que esa hermosura de la vida entraba por la boca ¡chuletas! y que tanto más hermosa me parecía aquella, cuanto más se esponjaba la carne de mi cuerpo. Tocaron á engordar, y engordé el doble. Y hoy, como ayer, mis días se deslizan tranquilos y serenos, cual sosegada corriente que encauzase sus aguas; por entre encantados ribazos y florecidas vegas. Siempre creí lo mismo, fuerza es decirlo; pero, si alguna duda pudo apuntar entonces, que me hiciera vacilar, desapareció, señores, para no volver jamás, porque hoy tengo la fé del carbonero. ¡Bendita sea la grasa! ¡chuletas! ¡Bendito el combustible de la vida! y como aquella no ha de faltarme, emplazo á ustedes á que me prueben lo contrario para de aquí á cien años”.

De boca de los comensales brotó un murmullo de protesta, sin duda por lo

largo del emplazamiento; y, extinguido aquel, prosiguió el sibarita con idéntico brío y desenfado:

“Ahora bien, el único hombre de talento, entre los que me honran aquí con su benévola atención, y forman el concurso ó auditorio que se digna escuchar estas breves *lineas*, digo palabras, cuya *trascendencia* y mira no se escaparán, por cierto, á la *ilustración* y sano criterio de todos y cada uno de mis distinguidísimos oyentes; el único hombre de talento, el que las entiende de veras, y por todo lo alto, con perdón sea dicho de mis buenos amigos, es Santiago, dado que sus opiniones no se apartan de las mías, que son las verdaderas, ni tanto así. Oído bien: las verdaderas é irrefutables.”

—¡Exacto!— interrumpió el joven Bombo, retorciéndose las engomadas guías del finísimo bigote, ocupación en él habitual, cuando no traía entre manos cosa de provecho.

“Y sino, pruebas al canto: Bernabé, mi muy amado pariente, es la propia tribulación que sale de paseo con levita y pantalones, por recordarnos una verdad como un templo; esto es: que en la vida todo lo que no sea satisfacer,

según ley de la naturaleza, el hambre de este organismo llamado cuerpo, resulta una mamarrachada imperdonable, una lamentosa y tristísima equivocación. El pobre no tiene hueso sano, ni que bien le quiera; padece reuma articular; la aorta, por insuficiente, es la mayor traición que lleva oculta bajo la flacidez de su carne mísera y descolorida; en fin, hombre, y compendiando, quien diga que es un alifafe de los pies á la cabeza, la acertará de fijo. Mi idolatrada esposa, se asfixia más de lo *conveniente* en una atmósfera detestable de fórmulas y *conveniencias* sociales. Tanto, que ella misma, en ciertas y determinadas ocasiones, en una fórmula inconveniente, *inconvenientísima*, iba á decir, supuesto que por la tema de no desentonar sería muy capaz de morirse de hambre, como si tal cosa, el día menos pensado. ¡Qué desentono! ¡ni qué niño muerto! ¡chuletas! Lo primero es lo primero. ¿Que el cuerpo humano es un organismo? Pues tratarle como á tal, para que no se desbarate á lo mejor, y nos tape el resuello la Parca traidora por falta de materia manducada. ¿Verdad, Cefrillo, hijo de las Musas?"

El interrogado hizo un signo afir-

mativo con la cabeza, y continuó el otro:

“¿Que la vida es un mar revuelto y agitado, y el huracan nos lleva en vilo? Pues ¡toma! lastre al estómago. Estivar la bodega. De lo contrario nos zarandea el indigno; muy guapamente, y puede llegar hasta ponernos quilla al sol, para que se nos meta el agua salobre por la escotilla de la boca. Y ¡carray! tendremos, una vez más, que se nos acaba el resuello de puro trasegar al vientre todo el piélagos salado. ¡Horror y espanto, señores míos! Desastre de que es menester, de que es indispensable apartar la vista si no queremos que se nos pongan los pelos de punta con sólo la idea del trance apurado y fatal. ¿Que somos una máquina? Pues recorrerla, hombre, y ver que funcione sin tropiezos ni rechinamientos; y, sobre todo, mucho combustible, no se páre la condenada hasta el juicio final. ¿Que hay su exageración en cuanto llevo dicho? ¡Qué ha de haberla ¡chuletas! Yo no veo exageración, ni por asomos, sino en el formulismo de Purificación, la insuficiencia de mi queridísimo Bernabé, las travesuras de Alegría, los números del amigo Decimal, y las sentidas endechas de Cefirillo, vate

apolíneo para no hablar más que de los de casa y los presentes; y eso, con cuantas son las reglas y los preceptos de la cortesía, la buena crianza, la etiqueta y el qué dirán. ¿Que la esposa nos sale infiel? Corriente, hombre, y con su pan se lo coma; pues aquello de romperse la crisma por otra Helena, más ó menos frágil, es una fórmula de supina tontería. ¡Vaya si lo es! ¡chuletas! ¿Hasta los dioses han de pelcarse por la infiel *raptada*? Archimemos; digo. ¿Que le dan un beso á mi hija? Bien, hombre ¿y qué? Díganme ustedes, para qué sirven unos labios encendidos y grosezuelos, sino para libar en ellos toda la miel de un ósculo. Porque, lo que es comer chuletas, ni pensarlo; por esa boca de grana no pasan más que suspirillos de amor ó confites de cariño. Poca cosa. Alimento de ángeles, ó, á mucho tirar, de doncellas enamoradas. Pues á besar, muchachas, mientras toquen á la de comer. Ya sonará la hora; se vendrá encima á todo andar, en el tren expreso de los desengaños, el cual rueda y rueda, disparado y temible, sobre el tendido carril de las flaquezas humanas. Así; *il segreto per essere felice*, no es el amor, ni el honor, ni el alfajor, que todo dá lo mis-

mativo con la cabeza, y continuó el otro:

“¿Que la vida es un mar revuelto y agitado, y el huracan nos lleva en vilo? Pues ¡toma! lastre al estómago. Estivar la bodega. De lo contrario nos zarandea el indigno, muy guapamente, y puede llegar hasta ponernos quilla al sol, para que se nos meta el agua salobre por la escotilla de la boca. Y ¡ca-ray! tendremos, una vez más, que se nos acaba el resuello de puro trasegar al vientre todo el piéлаго salado. ¡Horror y espanto, señores míos! Desastre de que es menester, de que es indispensable apartar la vista si no queremos que se nos pongan los pelos de punta con sólo la idea del trance apurado y fatal. ¿Que somos una máquina? Pues recorrerla, hombre, y ver que funcione sin tropiezos ni rechinamientos; y, sobre todo, mucho combustible, no se páre la condenada hasta el juicio final. ¿Que hay su exageración en cuanto llevo dicho? ¡Qué ha de haberla ¡chuletas! Yo no veo exageración, ni por asomos, sino en el formulismo de Purificación, la insuficiencia de mi queridísimo Bernabé, las travesuras de Alegría, los números del amigo Decimal, y las sentidas endechas de Cefrillo, vate

apolíneo para no hablar más que de los de casa y los presentes; y eso, con cuantas son las reglas y los preceptos de la cortesía, la buena crianza, la etiqueta y el qué dirán. ¿Que la esposa nos sale infiel? Corriente, hombre, y con su pan se lo coma; pues aquello de romperse la crisma por otra Helena, más ó menos frágil, es una fórmula de supina tontería. ¡Vaya si lo es! ¡chuletas! ¿Hasta los dioses han de pelcarse por la infiel *raptada*? Archimemos; digo. ¿Que le dan un beso á mi hija? Bien, hombre ¿y qué? Díganme ustedes, para qué sirven unos labios encendidos y grosezuelos, sino para libar en ellos toda la miel de un ósculo. Porque, lo que es comer chuletas, ni pensarlo; por esa boca de grana no pasan más que suspiros de amor ó confites de cariño. Poca cosa. Alimento de ángeles, ó, á mucho tirar, de doncellas enamoradas. Pues á besar, muchachas, mientras toquen á la de comer. Ya sonará la hora; se vendrá encima á todo andar, en el tren expreso de los desengaños, el cual rueda y rueda, disparado y temible, sobre el tendido carril de las flaquezas humanas. Así; *il segreto per essere felice*, no es el amor, ni el honor, ni el alfajor, que todo dá lo mis-

mo, ¡chuletas! *Io lo so per prova*: no hay deleite, de tejas abajo, que pueda compararse á la dulce y sabrosísima satisfacción de un estómago que está diciendo ¡basta! no puedo más. ¡Oh delicia inenarrable! Y nada de egoísmos, caballeros. *Lo insegnoa gli amici*.

—Y se aprovecha la enseñanza—interrumpió Decimal, que era un merengue, en sacándose la tripa de mal año con una comilona como aquella. Siendo de advertir, que si Penco devoraba por costumbre y *credo*, el Hacendista lo hacía por precaución, á modo de anticipo á buena cuenta, es decir; que se lastraba el estómago para correr sobre seguro, las tremendas borrascas de unas hambres atrasadas, las cuales, mejor es cantarlo de llano en plano, lo ponían á dos dedos de entregar el pellejo el día menos pensado.

—Item, declaro seguir las aguas del Anfitrión y Decimal—exclamó, en tono lánguido y suspirante, el mancebo predilecto de las Musas á quien llamaban Cefirillo, no sin razón, pues á inquieto y sutil, podía apostarlas con el enamorado y fresco vientecillo que le daba nombre.

Scrá bien añadir, por lo que impor-

ta, que el tal poeta, á más de morirse también de hambre física, languidecía á diario de hambre y sed de ideales; así se pegase el hartazgo del siglo con algo capaz de acomodarle una indigestión de padre y señor mío.

Y contestando á Cefirillo y Decimal, llegó Penco hasta el apóstrofe siguiente:

—“Pues, entonces, concluyo exhortándoos, esta vez más, carísimos oyentes y amigos míos, á que os lanceis á predicar la buena nueva por los ámbitos todos del mundo, ó de la ciudad, al menos, que es bastante, y no hay para qué cansaros, desde ahora, ¡oh apóstóles del credo estomacal! enviándoos, así, á los cuatro puntos cardinales y á todos los vientos de la rosa náutica: pero eso sí, hombre, no dejéis rincón por oscuro ó inmundo que os parezca, sin acudir á él con la doctrina y el ejemplo. No temáis el hambre ni la fatiga; conquistad á las gentes; que si el propósito se logra, aunque llegue á faltaros en el bolsillo la miseria de un medio décimo de sucre, no echaréis de menos un mal zoquete de pan. Este lo tendréis de fijo, y algo más ¡chuletas! que se os dará por añadidura. Los ministros viven del altar, según dijo el otro. Con



que, chuletas y rechuletas. He dicho.”

Y se limpió el pestorejo de toro padre que le sudaba á chorros, con el pañuelo de finísima batista, el cual, quedó empapado é inservible para enjugar, de nuevo, el reluciente cogote del hijo de la gula.

En tanto, y mientras el entusiasmado auditorio, repleto de felicidad y *credo* hasta el gañote, rompía en un bravo estrepitoso y formidable, doña Purificación, levantándose de la mesa con un gestecillo de vinagre en el semblante, de ordinario sereno y apacible, fuése en busca de la fórmula social, á donde no la quebrantasen con aspavientos y aplausos tan sostenidos é impropios como los que se permitían, en sus propias barbas, esos señorones graves, capitaneados por el bullicioso y bigardón de Santiago.

A todo esto, don Bernabé, llevándose la diestra á la mitad izquierda del pecho, gemía sofocado y falto de resuello: — verdaderamente la insuficiencia aórtica no daba para tanto, ni mucho menos. Soy hombre al agua en los casos de apuros y en los momentos difíciles.....¡Maldita sea mi condenada suerte!

Con lo cual, levantóse el concurso

---

de la mesa, no sin que antes diera el incomparable Bombo, un respingo en su asiento, por causa, á lo que entiendo, de un atroz pellizco que le aplicó á hurtadillas, salva sea la parte, la incorregible diablesa, quien, de buena ó mala manera, se hacía presente á todas horas al afortunado galán que le había plantado tan buen par de cataratas en los ojos del alma. ¡Vaya si eran buenas y enormes!





## XIV

### CÉFIRO y DECIMAL.

Nos duo turba sumus.

OVIA.

**D**ESHECHA, á poco, la tertulia, tomaron juntos la vuelta de sus respectivas casas, dos de los concurrentes más asiduos á la tertulia y mesa del señor Penco; es á saber: Perfecto Decimal y Céforo Braguillas, á quienes, de una vez, presento al pío lector de tan desbaratada como insulsa narración, supuesto que uno y otro personaje encajan

aquí, de molde, y parecaban, admirablemente, en más de una ocasión; sobre todo, tratándose de escaseces y miserias, las cuales llegaron á identificarlos de modo y forma que el poeta no podía pasarse sin el cesante, ni éste sin aquel.

Fuera de la maldita coincidencia del hambre que tan estrechamente los unía, ambos eran vecinos de la calle de la Libertad en su parte más antigua; es decir, allí donde aquella se estrecha y culbrea al extremo de que pudiera creerse que los edificios van á tocarse con los aleros tirados hacia afuera, y los vecinos á darse un apretón de manos, sólo con extender los brazos desde los corredores ó celosías.

De esta dulce intimidad que, empezando por las casas y siguiendo por los vecinos, concluye por los gatos de los tejados fronterizos, nació, á no dudarlo, el apego que se tenían y la confianza con que se trataban Braguillas y Decimal; un par de hombres amenazados, casi siempre, de muerte, á causa de las tremendas embestidas del hambre que, implacable y sañuda, los ponía en el disparadero, esto es: á dos dedos de estrellarse la crisma contra el enlozado de la calle. Y todo, por concluir de una vez y para siempre con las exigencias

del estómago y la vergüenza de llevarlo tan de sobra y desbalijado.

Eso de pegotear para entretenerlo su poquillo, á costa del rubor que nunca llegaron á perder, bueno es decirlo, no podía seguir así sin mengua de la poesía y desdoro de los números; pues el uno sumaba y el otro cantaba, por más que no tuviesen, de ordinario, ni qué sumar, ni qué cantar.

—Desde que salí de Hacienda, no sabía casi lo que era comer tan regaladamente—profirió Decimal, en cuanto pisó el portal, un si es no es, entristecido por el recuerdo aquel de la Hacienda que llevaba, siempre asentado en la boca del estómago, como una amenaza de muerte.

—¿Y yo?—gimió Cefirillo haciendo un gesto tal de amargura que no parecía sino que la propia tribulación se lo devoraba de una rápida dentellada.— ¡Vaya, si estoy agonizando de hambre, como quien no dice nada, desde el punto y hora en que el infortunio y la inspiración, conjurados en mi daño, me sacaron á luz. Digo, desde que Pegaso me tomó por su cuenta, y me lleva y me trae á galope tendido por donde no hay ni pizca, así, de cosa manducable. ¡Oh dios de Tenedos y Claros, hijo de Lato-

na, divino Apolo! mira que el *foie-gras* es más sólido que la ambrosía, y que yo, mísero mortal, no nací para alimentarme á todas horas de aquel manjar de los dioses. El cual, por mucho que se diga, no alcanza á matar el gusano del hambre que roe implacable las entrañas de poetas y cesantes.

Aquí dió un suspiro, capaz de mover á compasión el bronce de la estatua de Rocafuerte por cuyo frente pasaba, y, alzando la vista al cielo, quedóse parado contemplando las nubecillas que velaban el cuerno de una media luna próxima á esconderse.

—Éso te probará una vez más—apuntó Perfecto—que el Anfitrión decía verdad; y que, antes que las letras, está el estómago; y antes que la honradez el *imperativo categórico* de no morir de necesidad por una estúpida fórmula de doña Purificación, símbolo hermoso del arrastrado *convencionalismo* social.

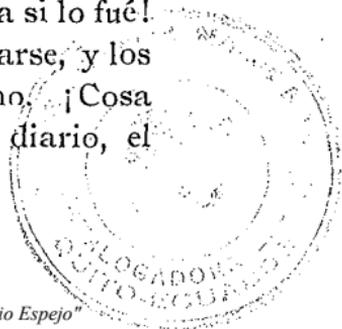
Y, como Braguillas continuase en su muda contemplación lunar, sin mover un pié adelante, con los ojos humedecidos y tal vez á punto de soltar una improvisación elegíaca al bicornio aquel y las luminarias del cielo, tomóle del brazo Decimal, y echó á andar diciendo, á

tiempo que enfilaban ya, la calle del Teatro.

—Déjate, muchacho, de mirar y remirar tanto esos adesios de arriba, que acabarán por desquiciarte, y vuelve á la realidad de las cosas. La poesía que se busca en lo alto, resulta descabellada, tonta é insustancial; no así la que pudieras encontrar por acá, á poca costa, y á la vuelta de una esquina, en forma de mujer bonita ó dinero sonante. Desengáñate, Cefirillo; lo demás es pataratada, quebradero de cabeza, miseria y hambre. Total: un cuarteto en modo mayor y una ridiculez supina.

Al poeta se le escaparon, por toda contestación, un sollozo que recogió en sus alas la fresca brisa de la noche, y una lágrima importuna que no llegó á rodar, tan listo estuvo el infeliz para enjugarla con el dorso de la mano izquierda.

—Pues, como decía—insistió Decimal—la consecuencia política me tiene irremisiblemente perdido, y para mucho tiempo. ¡Muchísimo! Este *desorden* de cosas lleva marea larga. Y fué una tontería. Lo confieso. ¡Vaya si lo fué! La tal honradez podía eliminarse, y los principios, y el partidarismo. ¡Cosa más fácil! Pero el sustento diario, el



pan de cada día.....quién se pasa sin ellos, por mucho que lo intente, con honradez y todo. Broma pesada, esta de la probidad, Cefirillo. Peguijera tamaña. Nada! que estaría en Hacienda, fresco y pomposo sin esta cara de hambre que da grima, y esta necesidad que me revienta.....Mira, poeta: con mi cesantía, se han perdido por igual la dichosa Hacienda que es un desbarajuste de todos los diablos, y lo que es peor aún, el estómago de Perfecto. Cómo se retuerce el maldito, y qué avisos los que me dá.....Y yo, sordo de remate. Qué gruña el condenado ¿qué hacer? Comilonas como ésta, sacan la tripa de mal año; pero, ¡ay Dios! no se ven ni se huelen, sino allá, por la muerte de un Judío, ó la llegada de un Penco. Ya sería otra cosa, si mientras cierro este paréntesis de ociosidad, impuesto por el adefesio de la honradez, quisiera admitirme, el otro, á su mesa, mañana y tarde. ¡Temporadita más arrancada!..... Buen diente ¿eh? Vaya si goza el bendito señor con su vientre privilegiado y aquella teoría tan cómoda y bonita.

Aquí detuvo el paso el cantor de las *Siete Cabrillas*, (título de un romance astronómico) puso los ojos en blanco, y extendiendo los brazos en ademán

trágico, exclamó con acento velado:

—¡Amigo Perfecto! plugo á los dioses repartir sus dones entre los mortales, sin sujeción á leyes fijas. Bien hecho está, por Júpiter. A mí tocóme, en suerte, la inspiración y el dios Esminteo me arrebatava al séptimo cielo, desde donde contemplo la humanidad á mis anchas, y tan por lo bajo, que me produce bascas atroces mirar que los hombres se están allí hechos unos tontos de capirote devorando cada chuleta y cada *roast-beef* sangriento, que es una bestialidad horrible. Cuando esto veo, no puedo menós de entonar una elegía á la naturaleza ultrajada en el becerrillo sacrificado, así, á la voracidad de los humanos.....

—Cuenta qué desentonamos y te sales por un registro desapacible—profirió el otro, empujándole para que siguiera adelante.

Al decir esto, embocaban la calle de la Libertad por donde empalma con la de Pichincha, y Decimal prosiguió:

—No hay ultraje Cefrillo, ni cosa que remotamente se le parezca; y, si le hay, este consiste, por el contrario, en echarnos al mundo con la caldera del estómago y la necesidad de alimentarla, á diario, para que funcione en regla

sus años; al cabo de los cuales, que quiera que no, viene la tremenda; y, entonces, la condenada estalla por los cuatro costados, ó se pára en firme, que allá va á dar, y ¡adiós mi vida! hasta el vallecito aquel donde tendremos la gran cita, la postrera y maravillosísima exposición uníversal de huesos y pingajos, y un juicio de todos los diablos, inapelable, definitivo, que pasará en autoridad de cosa juzgada por los siglos de los siglos.....

—Amén—balbució el poeta, con intención burlona.

—Y desde allí—continuó Decimal sin hacer maldito el caso de la maligna interrupción de su interlocutor—los unos por carta de más, y los otros, por carta de menos, iremos á tenerlas, *con abrumadora mayoría*, á los calderos de Lucifer, convertidos, como quien no dice nada, en carne *inmortal* de la legión satánica; por obra de estas gulas, esas concupiscencias, y lo demás que reza el catálogo de pecados que nos cuclgan de la conciencia, en cuanto abrimos los ojos á la miseria de la vida. Cómo se divertirá la condenada legión con la chamusquina, y qué empeño pondrá en atizar el fuego de la cólera celeste. ¡Qué ganga, Cefirillo! No cabe duda. El

hombre no podrá pasarse nunca, mientras viva, sin la caldera del estómago, y después de muerto, sin los calderos de allá. Resumiendo: en la vida, dolores y trabajos sin cuento, por matar el hambre, y un hambre como la mía; y luego ¡vamos! lo que dicen las Escrituras, que al fin y postre, todo se nos vuelve pecado y causa de perdición eterna.

—Inclusive la Hacienda.

—Yo lo creo—contestó el otro, asomándosele á los ojos un par de lagrimones que secó cuidadoso, llamándolos importunos, con el moquero de algodón.

Sin adelantar un paso, y contemplando al Hacendista, con cierta lástima compasiva, se estuvo un buen rato el cantor de las *Siete Cabrillas*; y, al fin, poniéndole la diestra en el hombro, rompió á hablar, pausado y solemne:

—Pues yo, firme en mis trece. No echo pié atrás. Si á Penco le dije que sí, ofuscado con aquella garrulidad monstruosa y absurda, ahora, con la cabeza un tanto más despejada y libre de malignas sugerencias, digo y sostengo que nones. No hay que maravillarse por un cambio tan repentino y brusco. Nada de eso, señor mío. Las co-

sas en su punto; y, en el de la consecuencia, como en otros muchos, los poetas no estamos obligados, ni tanto así. Antes, al contrario, si á textos vamos, opongo á las Escrituras, la epístola *ad Pisones*. A esta me atengo, supuesto que, sin quitarle ni ponerle, nos autoriza para ello y mucho más. Oiga usted, y si no lo entiende, quécjese á su ignorancia y á los números, fáciles de manejar, comparados con estos latines siempre nuevos y florecientes; supuesto que nada pueden contra ellos la moda y el uso, por mucho que se empeñen en desacreditarlos, trayéndolos á menos. ¡Qué han de poder, hombre de Dios! Primero dejará Penco de embutirse mañana y tarde un pastel de *foie gras*; y antes tronará la Hacienda con usted y todo, que el viejo Horacio en andarse por ahí, con la inmortalidad á cuestas. El polvo y los escombros de los siglos que fueron, no lograrán confundirle entre el montón de ruinas, cuyos nombres, ignorados ya, borró el olvido para tristísimo escarmiento y advertencia perenne de tanto fátuo que en el mundo ha sido.....

—Haz cuenta, Cefirillo, que todo ello me lo sé al dedillo, ó lo ignoro por completo, que para el caso da lo mismo, y

al grano; pues siento un mareo terrible de palabras que va aumentando al extremo de que concluiré por no entender una jota de lo que quieras decirme.

—Pues quedamos en que allá saldrían el viejo Horacio y las Escrituras.

—Corriente.....

—Y que al poeta le es lícito cuanto se le pase por los cascos. El texto encaja aquí de molde: *Pictoribus atque poetis*, etcétera. Pues, por lo dicho y delante de la cara de Jove soberano, declaró, una vez por todas, que me aparto del sensualismo práctico y doctrinal del amigo Penco, dado y consentido que lo sostuve poco há. Más vale que esta envoltura carnal llamada cuerpo vuelva al polvo de la tierra, que no andarse en componendas con los poderosos y sibaritas de la laya, por recoger á su mesa los desechos y barreduras de la opulencia. Esto equivále á envilecer la musa, cubriéndola con los harapos de pordiosera, á truce de no disgustar al estómago que, si bien se piensa, es una máquina sucia y recochina, buena, á lo más para la fabricación de gases y cólicos mortales.

El Hacendista se quedó plantado, mirándolo de hito en hito, por confirmar las sospechas que bonitamente se

le había ido posando en las mientes de algún tiempo atrás. Esto es, que el poeta no estaba siempre en sus cabales, como si le flaqueasen á menudo la memoria, el entendimiento y hasta la voluntad. ¡Pobres potencias si resultaba cierta, la sospecha de un hombre tan experto y calculador! ¡Qué caída para Apolo, y qué desengaño para las Musas!

Pero el otro, sin darse cuenta de ello, ni por asomos, echando á andar, prosiguió:

—Cuenta que entre el Parnaso y la Hacienda, hay diferencias y distancias infranqueables. Tú rondas á la ingrata y picarona; y le echas unos suspiros y unos besos, que acabarán de seguro por ablandarla, y hacer que se te rinda y se te convierta, luego, en sustancia el deseo de abrazarte á ella. Ya te miro esponjado, bien nutridita la sangre con el jugo abundoso de su inagotable seno. Es de razón que no desesperes, antes al contrario, la firmeza de tu fé hará que, al cabo y al fin, te des el gran pisto con ella; el hartazgo del siglo, á poco que te zambullas en el tabuco aquel á despecho de los dioses inmortales; digo, de los mortales que van para dioses, supuesto, de antemano, que nada

hay estable y firme, de tejas abajo. La fortuna, por mucho que en la hora presente llores sus esquiveces, ha de sonreírte, Decimal, cariñosa y placentera. ¡Al fin cortesana! Escucha ahora el anuncio profético: esa vuelta tardía á mejores tiempos que te predigo en los de miseria y calamidad, por haber oído el caso yo mismo de boca de la Pythia.....

—Malo—murmuró entre dientes, el llamado Decimal.

—No he de verla yo. Para entonces, el polvo será polvo, y el alma.....— Por poco se le vá en un suspiro de tristeza que exhaló del pecho, paseando la mirada por el azul profundo de los ciclos.

No pudo aguantar más, el hombre de los números, y dijo, entre cariñoso y zumbón:

—Creo que el Jerez del año cincuenta te lleva muy lejos, Cefirillo. Lo de la Pythia es puro paganismo; y, francamente, el oráculo te saldrá fallido, á poco que te descuides.

—No fué Jerez, sino Falerno—contestó el poeta, echando ciertas rúbricas con los piés, como en confirmación de la sospecha apuntada por su acompañante.—El vinillo aquel, lo cantó el viejo Horacio. De ese, y no de otro, bebí en

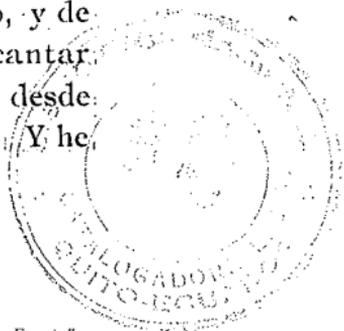
casa de Mecenas, hombre del impuesto y de la renta, y por ende, prosaico á más no poder.....Eso dijo la Pythia consultada sobre tu porvenir. En cuanto á mí, el destino se declaró inexorable, funesto.

Y agarróse fuerte del brazo de Perfecto Decimal, no sucediese que el mundo se le escapara de los piés, según lo que se balanceaba, y aquel echar de rúblicas de izquierda á derecha, y al contrario: por más que tratase el pobrecillo de obedecer á la ley de la gravedad que le resultaba imposible, ó poco menos.

El Hacendista bregaba sujetándole, temeroso de un descalabro mayúsculo en el hijo de las Musas; pero, al mismo tiempo con risita burlona y mal intencionada, decía para su levita un tanto lustrosa y descolorida ya:—¡Pobre Céfitro! Tan débil de cabeza á poder de ayunos, y con el Jerez traidor.....¡Tenía que suceder!

Ya en el puente, exclamó el poeta:—Verdaderamente, no sé si el Falerno ó la Madre Tierra.....Pero ello es que el uno ó la otra me zarandean.....*Et pur si mouve*. Pues bien.....inexorable.....funesto.....Las cosas claras, Perfecto, amigo. Los números son de una fecun-

didad asombrosa, sobre todo, en terrenos como éste, tan bien preparadito y abonado para la Aritmética y sus consecuencias.....Pero, hombre de Dios, responde: ¿de qué puede servirme á mí el trato amistoso y frecuente con las nueve damas del Parnaso y el rubicundo Apolo? ¿ni cuándo la inspiración, hija del cielo, entendió de ganarse, por acá se entiende, un billete de Banco, por sucio y remendado que le supongas?..... Cantan lasavecillas me dirás; y esto, sin morirse de hambre, antes al contrario.....¡Cierto!.....Mas, qué han de morirse, criatura, si no saben distinguir entre lo tuyo y lo mío, y picotean en la hacienda propia y la ajena sin pizeca, así, de recelo á los señores de la Policía?.....Canta el clérigo.....¡Verdad! Y vive de la epístola y la antífona, cantadas, pues vive del altar. Por eso canta; y cuánto más fuerte, mejor que mejor: ración doble.....Pero canto yo: y la luna, las estrellas, las flores y Amarilis, como si tal cosa. Ya se vé.....Ni tendrían con que pagarme. ¿Y el público? Bonito está él: un público de sordos, al cual se le da una higa de todo ello, y de tantísima chapucería como oye cantar en versos cortos y versos largos desde que el mundo es tierra miserable. Y he



aquí, por donde saco la consecuencia de que la culpa, si la hay, es de la gentuza del Parnaso; de los poetillas contrahechos, trastuelos, bigardones.....y.....  
¿Pues no dan ocasión á que nos midan por un mismo rasero? Y esto que digo —añadió tumbando el cuerpo hacia adelante y llevándose, trás sí, al hombre cesante casi hasta dar con él en tierra— no lo digo á humo de paja. Siento dentro de mí, donde ciertamente duele, el demonio de la inspiración que me impulsa á soltar verdades tamañas.....como un templo.....El de Salomón, acaso.....

No contestó el otro por ver de no enredar más y más aquella madeja de disparatados razonamientos, pues tales los creía; pareciéndole, además, todo ello, tan descosido y fuera de juicio, que optaba por callarse antes que dar pábulo, con su réplica, á iguales ó parecidos despropósitos. Mas, es lo cierto, que una bocecilla implacable y burlona respondía quedo, muy quedo, como hablando consigo misma:—¡Pobre Céfiro! El Jerez del año cincuenta te ha marcado de veras, y es lástima grande, porque con la borrachera de poesía que te pescaste al nacer, hay lo bastantito para andar desequilibrado y de remate.

Esta ventaja te llevo, pobre y oscuro cantor. Yo, flaco y hambriento como tú, me alimento al menos de guarismos, y, así, el Jerez ó el Falerno, por añejos que sean, nada pueden contra esta cabeza cimentada en el cálculo aritmético y los sillares incommovibles de la *partida doble*.

En esto se encontraron ya, frente á las puertas de sus respectivas casas, que se estaban allí, como dos bocas de lobos dispuestas á lanzarse sobre sus presas para devorarlas en seguida, de una sola dentellada rápida y voraz.

Decimal se empeñó en acompañar todavía al poeta, por evitarle una descalabradura, hasta dejarle á salvo del riesgo que podía correr si se aventuraba á trepar sólo escalera arriba; pero se le opuso el otro, declarando que en aquella hora, y con las oleadas de inspiración que le sacudían por dentro, no consentiría que nadie fuese osado á traspasar el umbral de su puerta; y mucho menos, un profano del fuste del Hacendista que no entendía palotada de musas y poesías, y era, además, por donde quiera que se le mirase, una prosa hambrienta, buena para encajar de perlas en las doctrinas estomacales y los procedimientos voraces del gran Penco ó

Panza. ¡Si lo sabría él de fijo! Su casa? un santuario, y Apolo no entendía de componendas de la laya. Bueno era el dios de las sactas mortales para echar un párrafo desabrido sobre Hacienda y números. Que le dejara, pues. Ya se averiguaría él, como pudiese. Lo que faltaba de camino era bien poca cosa, por lo corto y trillado.

Resignóse Decimal, muy á pesar suyo, y despidiéndose á la puerta del hijo de las Musas, metióse en su casa; lamentando, eso sí, para sus adentros, que el dios Esminteo concluyera al fin por echar á perder aquella cabecita. La cual, no andaba ya muy firme, aun quitado el Falerno de la hora presente.

Sin que se tome á encarcamiento, puedo asegurar que el poeta subió á gatas los dos tramos de escalera; y que luego, á oscuras, y dando bordadas de uno á otro costado y abocando, al cabo, á la barra ó puerta de salida, la franqueó de un salto, yendo á tenerlas en el corredor que está á la calle, donde tras un golpazo de proa contra la baranda, largó anclas; ó más bien, clavando las uñas en la madera para aguantarse, quedóse en un brusco balanceo sin resultas ni consecuencias; pues, á Dios gracias, fué calmándosele

poquito á poco la marejada del Faleño, y con élla, el zarandeo del cuerpo. Con lo cual el poeta, sintiéndose ya más sobre sí, después de contemplar largo rato, y á su manera, un pedazo de cielo estrellado, prorrumpió en són de queja:—*Al infortunio mayor que vieron los hados—Elegía.* Luego el epígrafe, en latín, por supuesto: *Sunt lacrymæ rerum.*

En esto, las campanillas de las mulas de un *imperial*, y el ruido consiguiente del tranvía, que se acercaba á medio andar, fueron causa, sin duda, de que no llegasen á oídos de Perfecto Decimal, los primeros versos de tan fúnebre improvisación lanzada al aire libre, y á cara descubierta, desde un corredor algo trémulo de la solitaria y muda calle de la Libertad:

Con el ruido del tranvía, que se extinguió á lo lejos, se extinguió también la voz del infortunado poeta, y por notarlo, abriendo una ventana de la celosía, asomó en ella la cara, y luego el busto, el hombre de los guarismos; y llegó á darse cuenta, entonces, de aquel silencio que le había movido la curiosidad más de lo ordinario y común.

Y fué el caso que Cefirillo, cruzando los brazos sobre la baranda, y apoya-

da en ellos la cabeza, se había quedado al parecer profundamente dormido.

—Le tumbó el Palerno,—dijo el mirón, cerrando la ventana y retirándose á su alcoba, donde después de matar la luz, y meterse á la cama, exclamó:—*Sunt lacrymæ rerum*. El poeta dormirá á la luz de las estrellas, y el Hacendista, bajo toldo, y muy rebujadito entre las sábanas de su lecho.....empedernido; porque el mío lo está de veras, y seguirá así, hasta que vuelvan los tiempos anunciados.....por.....la....Pythia.....

Dió un gran bostezo.....y al limbo.....



## XV

### SUNT LACRYMÆ RERUM.

**E**L señor Penco, como de costumbre, tras la comilona aquella tan íntima, sabrosa y abundante, y tan bien glosada, además, con su discursito por contera, sobre las conveniencias de proporcionar un regalo y un placer cumplidos al paladar y el estómago del hombre, que las entiende de veras, se mecía en la hamaca del gabinete contíguo al salón mientras su mujer, la serena é infatigable Purificación, desde una mecedora de

paja le daba vueltas al asunto de Santiago, empeñada en meterle á su marido el caso por los ojos, y aún embustírsele en los oídos. Pero ¡harto lo notaba ella! Maldita la importancia que le daba Penco, y, mucho menos, en ocasión tan desfavorable para estimar el asunto en su legítimo valor: "supuesto que una buena digestión supone tranquilidad de espíritu completa, reposo absoluto; nada de nervios ni de sobresaltos que echarían á perder lo que bonitamente despacha uno, por el gañote adentro. La paz del alma ¡chuletas! Eso es.....Ideas perturbadoras: sensaciones bruscas: noramala, y duro con ellas, hombre. Echarlas fuera.....Cuanto más lejos, mejor que mejor, chuletas. Apartarlas de sí, cerrarles los sentidos y potencias cuando esto es posible, y vaya si lo es, para que no se cuelen dentro, sin ser llamadas, y nos muerdan á traición. Mordiscos de muerte..... ¡hombre! Donde no, más valía quedarse ayuno; pues lo demás, era exponerse, á sabiendas, á que el propio sustento acibare el placer que envuelve el cumplimiento de una obligación impuesta por ley de la Naturaleza, á todo ser viviente: la manducación".

—Con que así, no insistir Purifica-

ción. No es cosa, tampoco, que merezca, ponderada y todo, el disgustazo de tomarla en cuenta esta misma noche. Todo se andará con el favor de Dios, en hora oportuna é inofensiva para la salud, que es lo primero y fundamental ¡chuletas!

— ¡Toma! ¡cuando digo que me engañé, y que vuelves peor, pero muchísimo peor de lo que te fuiste! Dime Penco: ¿en París, en Londres, no se hace cosa de mayor sustancia y provecho que nutrir la sangre, y aumentar de peso? Cualquiera, en mi caso, supondría, y con razón, que por allá te dejabas esa doctrina tuya, inconveniente y pecaminosa, del apetito voraz y desordenado que propalas á los cuatro vientos; y que el ánimo se te esparciría en asunto más sano, más inocente, y hasta más saludable si se quiere.....Pero nada, natural y figura.....Aquí podía pasar, y sino podía, se le hallaba disculpa. Mas, si alguno me dijese que no la tiene, todavía insistiría yo en que puede encontrarse explicación á la mala vergüenza que entrañara, desde entonces, la tal teoría de comer á sus anchas, y la predicación constante y ejemplar con que te afanabas en reducir á la humanidad, al feo pecado de la gula.....¡Pero con

un viaje así!.....Viniendo de allá.....  
¡Hola! ¡Hola! Admito lo del reposo  
que me decías hace poco, pero no lo que  
se sigue; pues Morfeo está, que si toca  
ó llega á cerrarte los párpados, y esto  
sí que te hace daño de veras. ¡Cuenta  
con la digestión!.....

—En buena hora llegue—contestóle  
Penco.—No hay delicia como esta, de  
cabecear un sueñecito tras el regalo de  
un banquete tan opíparo y sabroso.  
¡Delicia incomparable!

—Pues si ello ha de ser, primero que  
te duermas, he de cantar firme y claro.

—Para matraca, basta. ¡Chuletas!

—Matraca ó no, repito que si no  
averigüas lo de Quiñones, en seguida,  
ó, á más tardar, en cuanto te echés á la  
calle.....

—Que será con el alba, esposa mía—  
balbució el otro, sonreído, y sin abrir  
del todo los ojos.

—No me interrumpas, Penco. Seré  
capaz de averiguarlo yo misma, porque  
de esto sí estoy segura: no ha de faltar  
quien me ponga al tanto de lo que ocu-  
rre. Si lo callé, antes de ahora, fué por  
suponer, suposición muy justa, que á tí,  
y no á mí, tocaba descubrir ese lío, en  
que, de fijo, anda metido el farolón de  
Santiago.

—Eso es.....Un farolón.....con vidrios de colores—pronunció lentamente, el sibarita entre bostezo y bostezo.

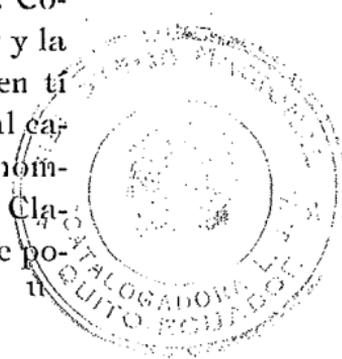
—Despierta, hombre de Dios, que la apoplegía acabará por echarte á perder el programa sobre la nutrición de la sangre, la robustez del cuerpo y las delicias de una indigestión fácil y completa.—Y decía esto, sacudiéndole la hama-ca, para que se incorporase.

Y se incorporó, en efecto, restregándose los ojos, y bostezando, que era un horror por la boca que abría. Como le viese así, y con los ojos un tanto más abiertos y despabilados, prosiguió la señora:

—Si algo oculto hay que pueda sacar los colores al rostro en esos tapujos y tales misterios, figúrate qué cara pondría yo. Y ese algo, no ha de faltar; que esta malicia mía me está dando mala espina.

—¡Malditas suspicacias!

—Que te pintan el caso desnudo. Corriente. La conveniencia del pudor y la fórmula del decoro, no padecerán en ti menoscabo ninguno; que al fin y al cabo, esa ventaja sacáis vosotros los hombres, sobre nosotras las mujeres. ¡Claro! Y es de necesidad, además, que po-



dáis gastar una cara de baqueta que deje temblando al mismísimo demonio; y cuenta, que el príncipe de las tinieblas no se queda corto por una mala vergüenza, ni cosa que se le parezca.....La vida rumboza de Santiago me tiene en ascuas.....¿ Vuelta al cabeceo ?

—Si te escucho, mujer; decías.....vamos ¿ qué me decías, Purificación?..... ¡ Demonio de memoria!.....

—Que es mucha flema la tuya—sacudiéndole, otra vez, y amostazándose contra toda conveniencia. Y si salimos luego.....

—Ni pensarlo mujer. Salir tan entrada la noche y nevando.....( Bostezo prolongado ).

—¡ Nevando! Eso faltaba. Mejor te estaría enjugarte el sudor que te corre, á chorros, por el pescuezo abajo. Decía, para concluir, que si luego salimos con que el dinero que despilfarra hoy tu futuro yerno, lo recibe.....vamos al decir.....¡ Jesús!.....¡ que horror!

—¿ Y qué? Por algo se lo darán; y por algo lo recibirá él ¡ chuletas!.....Y supuesto que se lo den y lo reciba, sea por lo que fuere, y no lo roba.....—mas-culló entre dientes el sibarita, dejándose caer otra vez más, panza arriba en

la hamaca traidora, que acabaría por adormecerlo de veras, á poco que se descuidase su tenaz interlocutora.

La cual prosiguió, sulfurándose cada vez más, por causa de aquel sueño de su esposo, á quien se le daba un pito que el muchacho hiciera ó no un sayo de su americaná.

—Vergüenza da pensarlo, siquiera, cuanto más oírlo. ¡Ya se ve! La barriga llena, y acabóse. Tu conciencia de sibarita no pasará de allí.....¿Que se te queda á oscuras la pobre? Bien. Así sobran: Dios en el cielo, la moral en el mundo, y hasta la honra en el individuo. Buena la hice, casándome contigo.....Boda consentida á lance; pues de no haber yo, por mal de mis pecados, infringido á mi vez una formulita de esas que proclamo ahora.....otro gallo me cantara. Sí, señor.

Esto último, dicho sea de paso, llegó á soltarlo muy por lo bajo, y con un fongonazo de rubor en las mejillas. Mas la contestación que obtuvo, la señora, tras la parrafada aquella, fué un ronquido largo y profundo. Levantóse, al punto, y en tono desabrido, y con un gestécillo de contrariedad, muy marcado en el semblante, añadió:

—¡Ronca á pierna suelta! Ya es inú-

---

til que me empeñe. Mañana será otro día y volveré á la carga señor Penico, ó Panza. ¡Vaya si volveré!.....¡Cosas de la gula!.....

¡Oh! Bien podía decir, caso de haber cursado Humanidades, como el Hacendista: *Sunt lacrimæ rerum.*



## XVI

### CUARTO MENGUANTE.

ÉAL fuga metió, y tan lista y avisada anduvo la doncella de la espiritual Purificación, que fué obra de tres días escasos reducir al babieca de su primo á que aceptase, de buena gana, y hasta sumiso y reconocido, el blando yugo con que le estaba ella brindando por espontáneo cariño y amorosa correspondencia.

Eso, y otro tanto más, habría conseguido la muchacha, á poco que se em-

peñase; pues no le faltaba trastienda para un lío y un fregado; y el mancebo, aunque habilísimo de manos, con el escoplo ó la sierra, por formar en el gremio de carpinteros de blanco, tenía el entendimiento cerrado á todo lo que fuese un mal pensamiento, un pícaro suponer, ó caer siquiera, en una malicia ó tentación por suspicacias del espíritu.

Creía el carpintero, como consecuencia de aquellas bondades de adentro, y de la poca luz que le daban las cosas de afuera, que todos los hombres se le parecían; que decir mujer é inocencia, allá se iba á dar; y que al diablo no le podían faltar cuernos, ni otros adminículos y retoques. Porque sinó ¿á que pintárselos? ¿Y el rabo? ¡pues le tendría de fijo! ¡Cómo verlo! Todo ello era copia del natural. Algún pintor de alma condenada, que se metió de hocicos, adonde no le llamaban, fué sin duda el que divulgó la noticia de la cornamenta y el aditamento posterior con que se ufana el príncipe de las tinieblas.

Pasta de ángeles ó de bobos, que para el caso da lo mismo; pues, merced á tal blandura de entrañas en el mozo, y á tan buena disposición natural para dejarse meter gato por liebre, debió la muchacha el salir, al cabo de su solte-

ría, sin grandes obstáculos que remover ó allanar. Y los allana y remueve de fijo, caso de tropezar con ellos, tanto le agujoneaba la esperanza de empuñar lo que significase, en plata de buena ley, la promesa que le soltó, codicioso de su hermosura y resuelto á poner por obra sus tímidas aspiraciones de burlador de beldades ajenas, el infelicísimo don Bernabé Torrijos y Torrezno.

¡Buena se le esperaba al pobrecillo de Serafín, con los propósitos de Clara, y las pecaminosas intenciones del hombre-ruina!

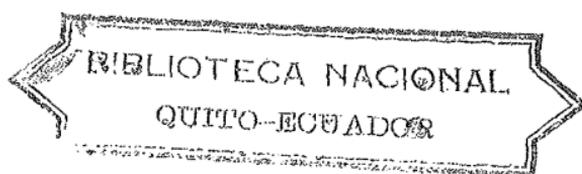
A poco de esto, fué el gran Penco á girar una visita por ciertas plantaciones de caña de azúcar, donde levantaba, á la sazón, un Ingenio que le redondease su ya pingüe caudal; y se llevó consigo, arrancándole á su luna de miel, al carpintero de blanco; no sin decirle antes, que con los días transcurridos, tenía lo bastante para darse por satisfecho de la golosina de su mujer.

—Buena te la hallaste, Serafín—exclamó don Pedro Pablo, en un arrebató de entusiasmo por la Clara.—Sin embargo, es muy perjudicial al estómago, asiento de toda humana felicidad, aquel amor sin tasa ni medida, á todas horas, y en todo lugar. Te ha dado fuer-

te, hombre; y habrá que irte á la mano en esa chilladura amorosa. Te sentarán, á maravilla, los aires frescos y saludables del campo. Así vendrán las buenas digestiones, y con ellas, una fortaleza á prueba de nuevos lances, y de amores más ciegos y apretados, si cabe suponerlo, siquiera. Lo demás, es darse á la porra, y echarse á perder miserable é irremisiblemente, por tan poca cosa. ¡Tino! sobre todo. ¡Mucho tino, Serefin! De lo contrario, te espiritualizas el día menos pensado, hasta parar en tísico. Mira que el amor, en mi tierra, es como echar leña al fuego. Nos consumimos en un periquete con el doble combustible del calorcillo y la pasión. Ya habrá tiempo para empezar de nuevo; y toda luna, aún la de miel, debe menguar tras aquella plenitud con que la has gozado, á tus anchas, en siete días cabales; es decir, con sus respectivas noches. ¡Bárbaro y medio ¡chuletas!

Y cargó con él. Vamos; que á Peneco no le dolía, y por esto, no habría de echar pié atrás. Estaba resuelto; así se deshiciese en llanto la pobre novia. La cual, bueno es apuntarlo, quedó verdaderamente hecha un mar de lágrimas, sin duda por llenar con ellas el vacío in-

menso de una ausencia tan brusca y repentina. Pero, á decir verdad, vióse á poco que, barrido del horizonte aquel nublado de estío, el semblante de la Clara tornó á brillar sereno y resplandeciente, como si tal cosa. Y acaso, acaso, con más fuego en la mirada, y más franca y maliciosa picardía en la irresistible sonrisa de su limpia boca.





## XVII

### EL TRUENO GORDO.

**N**O imprevisto fué la vuelta de Penco, cuando menos se le esperaba en casa y fuera de ella; y esto, sin el bonachón del primo y marido de Clara, pues, á lo que parece, el buen señor se complacía en atormentarle, no dejándole gozar, á pedir del desco, de aquellas bodas de ocasión en que andaba de por medio el tentador ofrecimiento de una cláusula testamentaria; cosa que, para honra del sibarita, y descargo del mozo, fue-

no es decirlo, ignoraban ambos. De suerte que el gatuperio, si le había, no era que le amparasen ni protegiesen el uno ó el otro con el alejamiento inesperado y la llegada de Penco sin el entriscido carpintero. A éste se lo comía la murria en aquella ausencia dilatada con soledades de yermó. Pero ¿no tenía para tiempo con su habilidad de manos y la soberbia fábrica que levantaba el comilón de Penco?

Y sucedió que éste, en los comienzos de Octubre, y á las ocho de un lunes, otro lunes, por la noche se entiende, y noche oscura, además, como que amenazaba diluviar, llega, y se presenta, de improviso, á la puerta del salón en que presidía su propia imagen desde la pared testera. Allí estaba su hija, la diablesa. Sola, materialmente sola, aunque al pronto no se diese cuenta de ello el recién llegado Penco.

Abrazóla gozoso, y soltándola, luego, de sus brazos, dijo:

—Purificación, como si la viera, estará ocupada en resolver alguna fórmula complicada; ó arreglar alguna *conviniencia* social, quebrantada, desbaratada, pisoteada, pulverizada ¡chuletas! en hora infeliz.....Hecha añicos, en una palabra. Y cuenta, si me van car-

gando, de verdad, estas componendas en que anda metida de cabeza sin que le importe, todo ello, dos cuartos. ¡ Hombre! Y mira, que le dá fuerte á tu madre, por volver el mundo del revés. El mundo que es, voy al decir, una tortilla infernal. No seré yo quien le hinque el diente, ni se abraze el estómago con ella. Pobres entrañas, ¡chuletas! Pero.....yo soy así, hombre; suelto la lengua, y me olvido hasta de la hora de comer y del día en que nací. Y la pobrecita, sin saber, todavía, que he llegado sano y salvo. Vamos; peligro no le hubo, ciertamente, en el viaje. ¡Qué sorpresa se llevará en cuanto me vea! ¡Delicia de lo imprevisto! ¡Goces de lo inesperado! Corro á abrazarla.

Volvía la espalda, gritando á voz en cuello y con ademanes trágicos:—Purificación, aquí está Penco. Acutle, corre, vuela, traspasa el ancha puerta;—cuando le interrumpió Alegría con una sonrisita de mal agüero, en que se escondía cierto repentino sobresalto, diciendo:

—No te apures papá. Salió.

—¡Ajajá! ¡Qué ha de salir, muchacha! ¿Mentirijillas á mí?

—¿Mentiras á tí? Ni á tí ni á nadie, papá. Digo; si la franqueza es mi

débil. Bien lo sabes tú. Suelto cada verdad.....Pero, qué quieres.....Mamá ignoraba esto.....esa llegada así.....tan de sopetón. Debías anunciarte, siquiera, escribiéndola de antemano; ó decir por telégrafo: voy. Una palabrita..... Me indicó que volvía en seguida; y que el decoro, nadie sino ella lo entiende; y que las conveniencias estaban de por medio; y qué sé yo cuántas cosas más, dijo atropelladamente, al bajar, flechada, las escaleras.

—¿Y Clara?

—Ni su sombra.

—Malo, malo y remalo. ¡Chuletas, con las mujeres callejeras que no saben esperar á sus maridos! Pero, ya se vé.....Ignoraba que pudiese venir muerto de hambre. Aquello no es comer, por más que se trague fuerte. Cocina rústica ó latas de conserva. Ésto no satisface, no aprovecha, hija mía. Pues me dije: á casa; y aquí me tienes, ¡chuletas! Y Purificación me dará la razón. La vida urbana; ésta sí vale la pena. En el campo: bosques impenetrables; pampas abrasadas en el estío, que luego desaparecen sumergidas en un mar de agua cenagosa. Plagas; gente zafia, horrachona, la tisis y el paludismo, paseándose de brazo, descuajados de ri-

sa, y dándole broma á la madre tierra por su fecundidad inagotable. Y qué mesa, repito. Nada; que mi estómago no la resiste. Tarda ya tu madre, y me impaciento de veras.

Todo esto lo decía, pascándose agitado de uno á otro extremo del salón, mientras la diablesa, siguiéndole con la vista, desde una butaquita, hacía como que le festejaba la charla, cuando en realidad temblaba temerosa de que su padre fijase la vista en la mesa del centro. Y la fijó luego; pues en una de las vueltas, parándose de pronto, é inclinando el busto sobre el tablero de mármol blanco, exclamó: — ¡Qué pliego tan perfumado! Me ha dado en las narices. Apuesto, picarona, que la mano de Santiago anda por ahí.

— Cierto, papá— contestó Alegría, fingiendo vergüenza y hecha una grana. Vamos; que le ardían las mejillas.

Cogió Penco el billetito, y desdoblándolo, añadió: — El contenido será melaza pura. Lo dice tu madre.....

— Dámele acá. No está bien que leas esas tonterías. Después de todo, somos novios; y no es extraño.....

— Ciertamente, hija mía. Pero lo extraño, son estas iniciales de la firma. A ver..... ¡Eso más!..... Una cita fragua-

da en mi ausencia. ¡Y sólo ella entiende el decoro! Claro. Con entenderlo á su manera.....“Como tu marido sigue ausente, te espera en su casa B. T. y T. *Postdata*. No olvides la cláusula testamentaria”. Con que B. T. y T. Es decir: Bernabé Torrijos y Torrezno. Y el anzuelo es poca cosa.....una cláusula testamentaria.....Ese bárbaro las comprá á plazo.....¡Ira de Dios! ¿Y vive el traidor! Pero nó; nó, imposible. No puede ser.....—exclamó el sibarita, desplomándose en el sofá, como un cuerpo muerto, con el semblante densamente pálido y los ojos clavados en los negros renglones del papelucho infame.

Acudió Alegría, en su ayuda, hondamente emocionada, flaqueándole las piernas; y, sin voz en la garganta para explicar el caso á su modo, pues de esto estaba segura: aquello no valía un ochavo de cominos. Lo comprendía con su natural viveza de espíritu. ¿Iba su madre á dejar, así, tan á la vista, un papel que la delatase si en ello hubiese culpa? Ni pensarlo.....Talvez Clara. ¡Oh, qué idea luminosa! Mas, de pronto, se levantó Peñco, erguido hasta la rigidez, y sin dejarla hablar, terrible, amenazante, rugió más bien que dijo:

—Pues bien.....A ellos.....A sorprenderlos.....A matar si es preciso.....¡A matar!.....Eso es.....

Y salió disparado, desprendiéndose violentamente de los brazos de su hija que se esforzaba por detenerlo; que nunca imaginó tal escena, aquel inesperado arrebató de celos, y menos, todavía, aquella brusca salida de su amantísimo padre. ¿Cómo presumir todo esto; ni menos evitar un caso tan imprevisto, catástrofe tan espantosa?..... ¡Sospechar de su madre! Esto sí que era una infamia. Era su propio padre quien.....Y ocultando la cabeza entre sus manos trémulas, rompió á llorar... y lloró.....lloró mucho, por la primera vez en su vida.





## XVIII

### CORRER EN POS DE LA HONRA.

**P**ENCO no sabía lo que le pasaba. Nunca se había adelantado á sospechar, siquiera, de su santa mujer. Y así, de golpe y porrazo, encontrarse con que.... ¡Chuletas! estaba ciego y aturdido. Al fin, sabía por propia experiencia lo que era la mordedura de los celos; y había, con todo ello, para revolver la conciencia más torpe y empecatada; y quedarse á oscuras; y llegar hasta el crimen, única visión que le sonreía con

mueca horrible en aquel cuadro de infamia, negro y pavoroso.....¡ El golpe! de maza que fuera, y en mitad del cráneo, no le habría producido efecto tan desastroso como el que llegó á causarle el papelucho aquel. Y pensar que el golpe venía de tales manos, y preparado de atrás, en su ausencia.....Aquello era horrible, y sobre horrible, cobarde....Ella, amparada en sus malditas fórmulas; él, tenía gracia en la insuficiencia aórtica. La trama no estaba mal urdida. ¡Qué puñalada, Dios santo!.....en lo más hondo. ¿Que aquello se le pintaba negro? ¡Falso! ¡Falsísimo! El trance afrentoso se le presentaba, con vivísima claridad, entre los vapores de la ira y las sombras, cada vez más espesas, de aquellas angustiosas cavilaciones. Había que desahogar la vergüenza que le estaba mataudo; y aplastar el gérmen del naciente escándalo, antes de que lo recogiera el vecindario y le ocupiese al rostro aquella deshonra, á modo de repugnante salivazo. Y luego, la venganza; ó, por mejor decir, la justicia seca, pues no merecía otro nombre un acto de reparación á su honor ultrajado, de castigo.....¡Sepúltese el burlador en los profundos de la tierra!.....¿Y bien? Allá le seguiría, y le

arrancaría.....¡qué no le arrancaría aquel turbión de cólera desatada que le golpeaba las sienes y le revolvía las entrañas!.....¡Las entrañas! ¡Chuletas! Esto le dolía de veras, por más que apretase el paso, febril y desasosegado, ardiendo en ansia de llegar, cuanto antes, al caserón de su pariente.....

Pero también sucedía que, á ratos, y á medida que adelantaba, el jadeo, la sofocación, el cansancio, le apagaban los bríos, sin protesta alguna de su parte; y, entonces, la naturaleza fría y cachazuda del señor Penco, volvía á ser lo de siempre: un océano de graza capaz de sumergir y ahogar, en aquel instante hasta la vergüenza que sentía quemándole la cara. ¡Qué desánimo le entraba, al pobrecillo, en esos momentos! Era cosa de volverse atrás y llorar á lágrima viva; sobre todo, llevando, como llevaba, en el estómago la miseria de seis *latas alimenticias* recién devoradas y mal digeridas. ¡Digerir! Imposible. La ocurrencia del billetito perfumado era para atragantarse, únicamente. ¡Caso más ignominioso é imprevisto! Imprevisto, sí; ignominioso.....vamos, que se le hacía duro de creerlo, que no lo tragaba ¡chuletas! ¿Atreverse, él mismo, á confirmar su deshonor

ra, mientras la verdad no se le metiese por los ojos, y la palpase con las manos? ¡Absurdo, hombre!.....¡Absurdo! Lo demás era pura malignidad y deseo de afrentar, sin certeza de lo ocurrido.....Eso. No pasaban, las suyas, de meras suposiciones; y con esto no había lo bastante para condenar en un pleito en que iba del buen nombre de su mujer. Purificación resultaría inocente; y él, un mentecato, como si lo viese. Pues ¿no estaba empeñado en correr, locamente, tras la fórmula de la honradez conyugal, que se estaría por ahí, quietecita é intacta, sin que nadie se hubiese atrevido á quebrantarla, ni pensado en ello siquiera? Cierta duda recelosa, pase, por las circunstancias; las malditas circunstancias que le metían en ese bélén para reirse de él, y nada más. Mejor estaría así; la esposa inocente, Penco, un estúpido. Esto no dañaba, por mucho que se pretendiese lo contrario. Sí, señor; reirse de su estupidez, que él no se enfadaría ni con otro tanto más. ¡Si él mismo reía ya la condenada ocurrencia! ¡Chuletas!...

Fruto de tales y tan hondas reflexiones! que no había tal puñalada como le pareció de pronto. Sería un clavo, á mucho tirar; y un clavo, ya es otra co-

sa, supuesto que se lo sacaría, en seguida, en casa de Torrijos. Antes no ¡aquello equivalía á retroceder y dejarse la honra por los suelos. Pues, adelante!

¡Adelante! Y las piernas le flaqueaban ya, negándose á sostener la mole de su cuerpo, que iba rodando, como una bola, de calle en calle, á través de la ciudad. Temía desplomarse, á lo mejor, ó estallar por los cuatro costados con el ajetreo y la sofocación. Pero ¿en qué demonios estuvo pensando? Un coche, y adentro muy guapamente... ¡cosa más llana! ¡Coche! Bonito se puso para acordarse de ello, por mucho que le pesara la enormidad de aquel vientre en que se recreaba compasivo y amoroso. Cegó, de pronto, con la lectura del funesto papel; ciego bajó las escaleras de su casa y ni siquiera le ocurrió volver la cara para mirar á su hija. ¡Su hija! ¡Cómo estaría la pobre-cilla con la destemplanza de su padre y las amenazas de muerte que le oyó proferir! ¡Y dejarla sola, ¡chuletas! Si lo sabía el galán.....¡Chanduy! ¡Ajaja! Y un coche, también. Pues llamarle.....¡Gracias á Dios! Aquello sería un descanso imprevisto como la aventura

en que se veía metido, sin quererlo ni soñarlo. ¡Noche más negra!.....

—¡Eh! ¡cochero!.....¡pára, cochero!.....Como si tal cosa. Va á escape el maldito. Imposible, y perdida toda esperanza de llegar á casa de ese infame, sino, como quien dice, por mis pasos contados. ¡Vaya si hay distancia! ¡Y sudo á chorros!.....Y esas conservas cómo se me revuelven en el estómago. Será la primera y última indigestión de mi vida.....Perdido, perdido para siempre; después de tantos y tan saludables años que la máquina funcionaba como un reloj. Ni una recorrida siquiera.....Y luego ¿mi doctrina? Perdida, también. Desacreditada por completo. Sería cosa de llorar, á moco tendido, á no impedírmelo la dignidad y el arrastrado sofocón que me trae por estos barrios. En adelante, maldito el caso que me hará nadie. Hasta Cefirillo y Decimal, con su hambre y todo, se reirán en mis barbas, y me llamarán ¡qué no me llamarán por lo bajo! embustero.....y será poco. Con que ¿falló la máxima de que el amor y el honor y el alfajor, igual á cero? preguntarán, en són de pulla. Bonito cero está usted. Apenas siente en la epidermis el arañazo de una sospecha, y le tenemos hecho un Otelo

panzudo. Luego ¡qué diferencias! aunque se mire el caso por todos lados y á la luz que se quiera. Aquél, un morazo, todo él amor y celos, y el señor Penco. ....usted.....¡Oh! (Enjugándose el sudor y acortando el paso). Cierto que del moro á mí hay su diferencia ¡chuletas! Ni quiero comparaciones enfadadas, ahora que estoy molido de veras.... ¡Uf! otra te pego.....¿Relámpagos tenemos?.....¡Trueno gordo!.....El *cordónazo* de fijo. Los elementos desencadenados contra un hombre de bien, y un marido receloso.....Eso, receloso. Pobre Penco; sólo te faltaba que un fraile descalzo las emprendiera, también, contra tí. Y en serio.....¡Buena ráfaga de viento y agua! En fin; dos cuadras más, son bien poca cosa en este fregado, y llegaré á rastras y á despecho de los elementos y el franciscano conjurados en mi daño, y de estas piernas que se doblegan, y el sobrealiento y la falta de resuello.....Vamos ¿y qué cara pondré delante de Torrijos, si el enredo en que me veo, resulta obra de mi suspicacia y mi tontera? Tontera me dé Dios, y chasco pesado, antes que la certidumbre de una vergüenza y un escándalo.....¡Qué diluviar!.....Llegaré hecho una sepa y con los fuegos apaga-

dos. Estas calles no son para maridos celosos ni galanes afortunados: agua y lodo; y pise usted, sin miedo, así se pierdan las botas y los pantalones como se perderán los míos.....¡Purificación, cómo me has puesto! Si me la encuentro allí.....Toma, le echo la zarpa al pescuezo y aprieto.....Aprieto duro y fuerte, hasta sacarle un palmo de lengua fuera.....Pues, si el otro fué moro, yo seré buen cristiano en lo de acogotar infieles. ¡El caserón de Torrijos! ¡Al fin! Envuelto en sombras. ¡La sombra! mejor. De cabeza al abismo. ¡Honra! ¡infamia!.....¿qué guardará en su seno para el infortunio mío?.....

Y atravesando la boca-calle, se detuvo un instante, junto á la puerta de entrada. Paseó, en seguida, el pañuelo por la cara y el pescuezo de toro padre, para enjugar el sudor; sacudió, como pudo, la ropa y el sombrero empapados en agua, se metió luego zaguán adentro y, subiendo á duras penas por la tendida escalera de anchos peldaños, se encaminó por el pasillo, adelante, como conocedor que era del solitario caserón donde el malparado don Bernabé se consumía, á diario, de amor impotente por lo prohibido, cada vez más

dolorido y arrumbado, por causa de la aorta y el reuma articular.

De pronto, paróse en firme el señor Penco frente á una puerta entornada; aplicó el ojo á la cerradura, vió luz dentro de aquella muda estancia; y, llevándose la diestra al pecho, que le golpeaba el corazón desaforadamente, como si quisiera rompérselo y escaparse, al fin, de aquella caja de grasa, sorda hasta entonces, á la vibración de todo sentimiento delicado y á todo latido generoso, quedóse inmóvil, con los labios apretados, y en actitud de receloso atisbo.





## XIX

### QUID PRO QUO.

**N**O cabía dudarlo! Vió una falda por mucho que le cegara la rabia y sintiese en el corazón, una vez más, envenenándole la sangre, la mordedura de los celos. Era que el mónstruo, adormecido ya, se despertaba en él con nuevos bríos y mayor encono, por causa de lo que llegó á mirar, á través de la cerradura. ¡Una falda!.....¡en la hamaca! no más. Lo bastante para que la bestia hincara el diente, y el señor Penco clavase la zar-

pa agujoneado por el dolor de la mordedura. ¡Y él que se creía invulnerable á toda embestida que no fuese la del apetito y la de matar aquella hambre suya, despierta á todas horas como ali-maña de cien bocas insaciables, voraces, enor-mísimas!

Con la falda aquella, acabó el siba-rita por no ver nada. Algo como un relámpago cárdeno, y siniestro brilló en sus pupilas flameantes; y, arrimando el hombro á la puerta por si estuviese echado el pestillo, la abrió de golpe, con resonancia y estrépito desacostumbrados en la triste y apartada soledad de aquella mole, sombría y gigantesca.

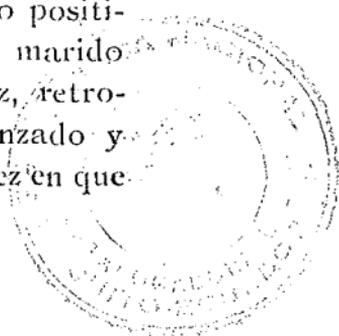
Abri-la, y caer sobre la falda que se mecía en la hamaca del gabinete, tan blanda y sosegadamente, como si no hubiese, de por medio, una escandalosa y desatinada infracción de la fórmula fundamental de la honradez, en casadas y solteras, fué todo uno; obra de salto prodigioso, salto de tigre en acecho, increíble para las carnes de aquel hombre, y su enorme vientre, santuario de la gula.

Eso de la infracción, se lo barajó en la mollera el señor Penco antes de su irrupción estrepitosa, en el gabinete de Torrijos; que, una vez dentro, ya no

hubo tiempo de nada, sino de estrangular, de retorcer aquel pescuezo blanco y torneado, causa, y origen quizá de las tentaciones del cachidiablo de su pariente, que lo apellidaría, como si lo estuviese oyendo, en sus éxtasis apasionados, y en su habla melosa y sibilante: *garganta ebúrnea y torre de marfil.....*

Dejóse oír un grito ahogado, y con el grito, un rumor confuso de palabras entrecortadas que decían:—Ésta ¡no es la de mi mujer! ¡Tonto de mí!.....¡Marré el golpe! ¡Chuletas!

Y, efectivamente; aquella garganta lastimada por los dedos del sibarita que, á Dios gracias, conocieron á tiempo la torpeza de su engaño, para no consumir la iniquidad que intentaban, no era la de la insigne doña Purificación, ni mucho menos. Fué Clara la que, saltando de la hamaca, desapavorida, echó á correr por el gabinete, como si viese, persiguiéndola, garfios de acero que intentasen despedazarle las carnes; se entiende, más por obra del susto que se llevó, que por daño positivo que le hubiese inferido aquel marido ciego y rabioso. Éste, á su vez, retrocedió hácia la puerta avergonzado y corrido del lance afrentoso y soez en que



se veía envuelto con ocasión de aquellos celos malditos, únicos en su vida de casado; y, por la muestra, tan estúpidos y brutales. Valiente *quid pro quo*, que en adelante le haría al señor Penco, el efecto de un recuerdo, grabado á fuego, en la memoria, y en que la ofensa y el daño material causados á la mujer del carpintero, serían poco más de nada, comparados con la vergüenza que le sacaba ya los colores al rostro. A todo esto ¿por qué estaba allí Clara? ¿Acompañaba á su señora?.....

Y ésta ¿qué hacía en tanto, y en momentos de tales y tan apretados conflictos para su marido. Había que averiguarlo.....Pero en seguida.....Clara lo soltaría, á poco que se le tirase de la lengua.....

¡Pobre señor Penco! Daba lástima verle: sudoroso, desgredado, empapadas las ropas, temblando como un azogado y con aquellos ojazos de espanto, clavados en la muchacha que, á poco más, resultaba víctima del ultraje que él suponía hecho á su honra por el condenado Torrijos. ¿Víctima, pensó? Cómplice, le respondía al punto la conciencia. Así, apenas la doncella guiada del natural instinto de ponerse á salvo y recelosa, además, de un nuevo

asalto, intentó escapar por la puerta afuera; eso sí, con cierta compostura de persona ofendida, el señor Penco que le caló la intención, y se dió cuenta de lo mal parado que quedaría su nombre, dejándola ir tras la escandalosa ocurrencia, sin la menor palabra de su boca, y sin que, por otra parte, la sondease también sobre lo acaecido con doña Purificación, le cortó el paso, y empuñándola de un brazo, exclamó:— ¡Eso nó!.....

—¿Y por qué no? Se pué saber..... La verdá, señor; fue una barbaridá el etrujón del cuello; digo, con el respeto debido á su persona.....Ya caigo.....Me tomó usted por la señora. Pue, mire usted; la verdá por delante, aquí estuvo hace un minuto y salió con don Bernabé.—¿Oye usted? me parece que yo no tengo la culpa de que viniese la señora, y luego.....

Penco se atoró con el notición que le soltaba Clara, y una densa palidez mortal volvió á invadirle el rostro, al igual que antes. Aquello sonaba á traición neta. Nada de sospechas y celos infundados.....Había testigo, y de vista; y declaraba, además, sin necesidad de amenazas, tormento, ni cosa parecida. La sirvienta, cómplice ó lo que fue-

ra, no encubría, por lo menos. Cantaba claro, pero muy clarito. ¡Chuletas! Mas ¿adónde diablos había alzado el vuelo el pajarraco descastado de su pariente con la avecilla tímida, pulera y decorosa?.....¡Bonita circunspección! Así nos la diera Dios, y audarían medrados los maridos, más de lo justo y ordinario.

—Vamos, que estoy aquí de casualidad,—prosiguió implacable la fámula,—es decir; por no irme con la corriente de la señora, que se habría encrespao si me pillá siguiéndole las aguas.

—¡Mientes Clara! Eso que estás diciendo, es una calumnia mal inventada. Si sabré yo.....¡farsantona!—prorrumpió Penco, furioso á reventar, y soltando cada impropio crudo, que hacía taparse el rostro á la sirvienta como si se escandalizase de verdad. ¡Escandalizarse! Si ocultaba el rostro entre las manos era por no reirse á cara descubierta del sofocón y la coragina de su señor; pues, pasada la primera impresión de susto, había para festejar la aventura y aquellos celos rabiosos del escarmentado sibarita. Además, la broma resultó pesadita para ella, y el desquite, que tan á la mano se le venía, no era cosa de dejarlo ir, siquier por el

gustazo de plantarle una banderilla á aquel marido suspicaz y caviloso que le había asestado la cornada como para ensartarla de verdad. Claro que se reía ella de los animales de asta, pero de lejos, á conveniente distancia, donde no la hiciesen daño.....¿Cómo sucedió que llegase tan á tiempo este señor, para enterarse de todo lo ocurrido y confundir á su mujer, con la sirvienta? se preguntaba por lo bajo. Y Srafin ¿qué sería del pobrecito, sin su Clara? Esto sí que no se lo explicaba la muchacha de un modo cabal.....

Con el silencio de Clara, que no contestó palabra al torrente de injurias que le vomitaba el sibarita, llegó éste á encolerizarse hasta amenazarla con los puños cerrados y gritar furioso, en terrible *crescendo*:—¡Purificación! Imposible. De ello estoy cierto; pero has de confesarme la verdad de este enredo, ó te acogoto, en seguida. Elige....Fuis-te tú la que.....

—¡Cabales, señor!

—Bernabé no ha pretendido á mi esposa. Ni ello vino llamada, ni.....

—¡Quiá!—interrumpió la criada, como sorprendida de que se le hiciesen tales preguntas.—Voy al decir: don Bernabé no es hombre ni para una sirvien-

ta, así flaquea y todo, como yo, cuánto más para una señora tan guapa, robusta y saludable.....

—Lo sabía, Clara, lo sabía;—contestó el caballero, frotándose las manos, dejándose caer en un asiento, y con una sonrisa de satisfacción en el semblante como nunca la tuvo en su vida. Perfectamente ¡chuletas! Eso es hablar en regla y quitarle á uno una montaña de encima. Sentía sobre mi cabeza un peso enorme—agregó, no sin que á la boca de la Clara se asomase una sonrisa picaresca y mal intencionada que reprimió al punto.—Pero demonio de mujer ¿qué te hacías por acá? Esto, la verdad, se pasa de sospechoso. Si llega á saberlo Serafín, buena te espera; como hay Dios en los cielos.

—Yo, la verdá, y con toda la claridá posible: naa.....Diga usted, señor, una pollera en casa de don Bernabé, es como si tal cosa, una barredura de la calle, un pingajo.....En fin, que es un hombre *frito* en toda la extensión de la palabra.

—Una ruina triste y solitaria, según su triste pensar.

—Con usted fuera otro cantar.....Esa salud que Dio le ha dao. Jesús, en poco estuvo que me reventase con el etrujón.

Pobrecita la señora, y pobre garganta; digo, á no ser por la benditísima equivocación que casi me la tuerce..... Pero la verdá, un momento más, y hace usté una atrocidá. Encuentra á la señora y.....

—Calla mujer —gimió Penco, sintiendo en lo más hondo el pinchazo que le asestaba otra vez, la condenada de Clara.—Pero, á qué vino Purificación, y adónde se marchó con el otro—insistió el sibarita, en tono de interrogación.

—Pue, francamente, la verdad.....no lo sé.

—Tú lo sabes Clara, y has de decírmelo.....Vaya si me lo dirás.....ó no respondo de tu vida. Me estás mareando, muchacha. Mira que hablo en serio y tengo una fibra que ya, ya.....

El señor Penco no hablaba en serio, por el temor muy plausible de que la criada se callase; pues, ésta, á lo que parece, más entendía y se espontaneaba de grado que por fuerza. Y contestó á su interlocutor que se levantaba del asiento:—La discreción me ordenaba callar, aunque lo supiese, cuanto más que lo ignoro.....Lo dicho, lo ignoro.

—Déjate de discreciones, Clara. La

señora vino en pos de la criada, y se volvió acompañada: ese es el belén.

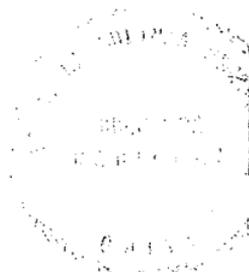
—¡Justo! Y comprendiendo que usted, se vendría en pos de la señora, me dejó aquí, sola, solita, para que le recibiese, ó se acompañase usted conmigo, en cuanto tomara la vuelta de su casa. Esa es la historia. Conque, si usted permite, yo también iré de regreso, que se me va haciendo tarde, y la señora es muy capaz de volverse por acá, y entonces, pues, que se nos truequen los papeles, señor Penco.

—No te mueves de aquí, hasta que cantes claro, Clara. Yo no puedo quedarme en esta incertidumbre atroz. Mira, muchacha: si estas manos torpes y brutales, te hicieron daño hace poco sin quererlo; si lastimé tu cuello por ceguera ó error involuntario ¡y cuenta, que le tienes bien torneadito! ahora son mis brazos los que te estrechan, dulcemente, en apretado lazo de cariño; pero me lo cuentas todo, todito, esposa de un Serafín que no te merece. ¡Qué ojos Clara! Vamos que me incendias... pero lo sueltas.....¿eh?.....Hasta parece que el estómago se me va entonando con el calorcillo.....Esto conforta ¡chuletas!

El señor Penco lo hizo como lo dijo;

apretaba fuerte, á medida que hablaba entusiasmado ya, á un tiempo mismo con el abrazo y el deseo de que la sirvienta cantara de llano en plano. Pero ésta, que era más ladina de lo que buenamente podía imaginar el sibarita, en cuanto se vió ceñida por aquel abrazo intempestivo, se hizo la interesante y ofendida y, alzando la voz más de lo regular como en demanda de auxilio, clamó á grito herido: ¡usté! me seduce, caballero! ¡qué diría Serafín si llegase á verme en los brazos del señor Penco. ¡Horror!! ¡Suelte! suelte usté que la vergüenza se me sube á la cara.....

—Pero; criatura.....





## XX

### EN QUE TORRIJOS CIERRA LOS OJOS Y ABRE LA BOCA.

**P**ERO muchacha! — repitió como un eco desapasible, la voz de la insigne Purificación, á la puerta del gabinete. Valiente jugada les hacía la inalterable señora, presentándose, de improviso, en aquel punto y hora, con toda la compostura posible, en situación tan triste y peligrosa para el decoro que gastaba. Pero ante todo: no desentonar, ni rom-

per la fórmula del *buen tono*. La conveniencia de una serenidad, á toda prueba, era lo primero. Circunspección, parsimonia, mucho aplomo y dignidad; dignidad á todas horas y á todo trance; nada que revelase torpeza de modales, excitación de ánimo, sacudidas del espíritu; tal era la norma de su conducta, y no había sacarla de allí, así se desplomase la bóveda de los cielos. En cambio, Penco, con su natural, tosco y grosero, sus alardes de sibarita, su flamante doctrina de *qué se me dá á mí*, en contraposición á la otra tan corriente y usual del *qué dirán*, descomponía á lo mejor, la escena más correcta, no se paraba en barras ni en manoteo de más ó de menos. ¿Que el caso lo pedía? Pues á gritar. ¿Que se trababa una disputa baladí? ¿que así, que asado? Mover los brazos como aspas de molino, patear, soltar una guantada ¡chuletas! Nada convencía tanto y tanto, como un golpe bien dado y á tiempo. Un puntillazo era de una lógica irresistible para aquel señor, y torcer el pescuezo, el *summun* de la dialéctica.....

Así, no es extraño que él, viéndose acorralado por su esposa en el gabinete

te de Torrijos; y, más aún, sorprendido en aquel abrazo con la criada, tan apretado y cariñoso, se quedase de una pieza, con tamaña boca abierta, mostrando aquella recia y afilada dentadura de glotón, y hasta la enorme cima de su voraz y oscuro tragadero. ¡Contraste más irónico entre el visaje de espanto del uno y la espetada compostura de la otra!

Luego, haciendo una mueca de trementendo enojo, y encarándose con su mujer, que había entrado ya, en el gabinete, seguida de la ruina ambulante de don Bernabé, cerró Penco aquella boca; pero, para abrirla, de nuevo, y proferir airado, en un registro de bajo profundo:—¿De dónde diablos me sales tú, á estas horas, con la maula de Torrijos?

—No tanto; no tanto Pedro Pablo, que si me pones á prueba, seguro está que no te agrada el resultado—contestó el aludido.

—Bien. Devoraré en silencio las expresiones duras. Prefiero que se me indigesten dentro del cuerpo con las *altas* alimenticias que están bregando allí, á que salgan unas y otras por esta boca limpia y honrada, siempre.

—¿Limpia? Pues no es poco diente el de este bárbaro para llevarla así—articuló Torrijos, por lo bajo, desfallecido más de lo ordinario y con trazas de síncope mortal en la amarillez del rostro, el enfriamiento de las manos, la congoja interna que le salía á la cara, por ojos y boca, y el temblor de la barbilla monda.

A la interpelación de Penco, nada contestó la ilustre dama, atarugada como estaba por obra del decoro, que sentía subírsele á la garganta haciéndole un nudo que la atragantaba horriblemente; pero, eso sí, en una mirada firme, serena, despreciativa casi, que relampagueó en sus ojos, no bien oyó hablar á su marido, concentró toda la indignación que le abrasaba por dentro, y se la flechó al sibarita, valientemente, por ver si lograba hundírsela hasta lo más hondo de aquel pechazo traidor. Después, tomando asiento con la misma compostura reposada y airosa que empleaba en las fiestas y recepciones del gran salón que presidía Penco, desde la pared testera, sin inquietarse lo menor por la desazón nerviosa de aquel, que iba y venía suelto y lanzado como una peonza, pegó el hilo de su discurso sobre poco más ó menos:

—¡Éres tú el galán! ¿Con que sabías abrazar, como quien dice, detrás de la puerta?.....¡Ya se vé! Te dejas á Serafín, donde no lleguen las hediondeces de este pudrierc; porque, francamente, Torrijos, la casa de usted mejor estaría no pisarla. ¡Armas una escena violenta delante de tu propia hija; manchas el nombre de tu esposa, que es el tuyo, con una sospecha vil; te echas á la calle, sin cuidarte, poco ni mucho, de las lágrimas que dejas atrás; te vienes acá, corriendo en pos de la honra, con la tontera de unos celos fingidos; y, cosa natural, en vez de encontrarme á mí clavándole las uñas á la fé conyugal, arañándola torpemente entre caricias repugnantes, soy yo la que llego á sorprenderte en estrecho abrazo, olvidado de Dios y tu mujer.....Usted, una cita á ella, Bernabé. ¡Claro! Como que usted no sirve sino para las casadas.....! Mi esposo, con los brazos al cuello de la propia santa que gritó alarmada en su pudor: suelte usted, suelte usted.....Vamos que esto es horrible.....atroz.....absurdo.....y hay para echar noramala toda compostura y circunspección.

El señor Penco no pudo más, y

echando, verdaderamente, noramala la compostura y el comedimiento de su esposa, que le reventaban ya, á fuerza de ironía cáustica é intencionada, prorrumpió, bufando:

—Te me escapabas por la tangente, Purificación. ¡Chuletas! De dónde vienes? Contesta....A esto, nada....Yo, como no tengo trabas en la lengua, lo suelto en seguida. Un billetito perfumado me empujó por acá. Encuentro á Clara; esperaba á ustedes sin duda. Amenazo, interrogo.....Silencio de la criada. Pues cambiar de táctica, hombre. La acaricio, le echo los brazos al cuello, porque hable, chuletas, porque hable.....Nada tampoco. Grita que tratan de seducirla. Puro fingimiento, por esquivar la contestación que le pedía yo. Llegan ustedes; y aquí estoy aún por averiguar lo cierto. Dejémos de tentativas de seducción, y al grano. ¡Chuletas!

—Bonito está el marido celoso,—interrumpió la noble dama con una sonrisa maliciosa que le retozaba en los labios.—¿Explicación?.....No te debo ninguna. Nada de romperse uno los cascos, decías. ¿Que la mujer se nos va? que resulta otra Helena?.....En paz, y que le aproveche.....Punto más, punto

menos, tú lo predicaste. No me lo puedes negar. Así, deirme yo con esa corriente que hizo matarse á griegos y troyanos, no haría otra cosa que seguir las aguas de tu propia enseñanza, pregonada, á voz en cuello, á los postres de un banquete.....

—Justo—balbució Torrijos con acento de angustia y trasudando frío por la congoja y el sobresalto que sentía.

—¡Alto ahí!—exclamó el gran Penco, sin darse á partido esta vez.—Aquello está bueno para dicho ¡chuletas! Hablar por hablar, pase; pero, francamente, la realidad.....es muy otra según la voy entendiendo. Esto me quita la venda de los ojos, y lo que es peor todavía, llegará á quitarme la palabra de la boca. En adelante: silencio perpetuo. Punto final á la oratoria, no sea que mi discurso pueda servir de texto y fundamento para algún pecado contra mi propio nombre. La honra, por encima de todo. Lo voy sacando en limpio. ¡Lógica de las cosas! á qué consecuencias nos llevas!

—¡Justo! Clara; aire, aire con el abanico que me va faltando el resuello.....

La interpelada, que no había rechis-

tado hasta entonces, que en previsión de alguna nueva embestida del sibarita, y temerosa, además, de las chilladuras de su señora (pues á no ser por la fórmula del decoro, la tendría ya, con algún arañazo en la cara) se daba traza de modo que el hombre-ruina le sirviese de antemural; hizo, al punto, lo que don Bernabé le indicaba; y, mientras movía el abanico, murmuró por lo bajo:—En buena me metió usté, panna.

—Justo; pero sopla que me asfixio.

En tanto la dama, por toda contestación á las palabras de Penco, fijó en éste una mirada valiente y serena, porque leyese en ella la inocencia de su mujer, y añadió luego:—No llegaré hasta exculpaciones inútiles é indecorosas, empeñándome en demostrar lo que está de manifiesto y se mete por los ojos con el vivísimo esplendor de la claridad meridiana.

—¡Justo!—gimió Torrijos, por última vez, cerrando los ojos, adormecido sin duda, con el airecillo del abanico, el cansancio físico y el desfallecimiento de espíritu que sentía á causa de la formidable aventura de esa noche, con más enredos que una maraña, y tan llena de correrías y sorpresas inesperadas.

Clara que lo vió así, y que se hallaba á pocos pasos de la puerta, escurrió el bulto blandamente, de modo y forma, que ni la ruina aletargada de don Bernabé, ni el propio Penco, vuelto de espaldas, se dieron cuenta de ello. En cuanto á la insigne doña Purificación, la dejó escapar sin el mejor gesto ó ademán de su parte, por juzgar que aquella mujer estaba de más allí, y que, quitada de en medio, se pondría, al fin, punto final á una escena que era un borrón feísimo para los autores de la trama, y para los que en ella se veían envueltos por las arrastradas circunstancias..... ¡Oh decoro!

En esto, don Bernabé Torrijos y Torreznio, sin abrir los párpados, y meció su espíritu, en uno como sonambulismo retrospectivo, con gran sorpresa y curiosidad de Penco y su esposa, comenzó á hablar; y habló de esta suerte:— ¡Qué ahogo! ¡y que vergüenza! Todo ello no ha servido, sino para desacreditarme á mis propios ojos. Está visto: ni para las casadas sirvo..... Clara que se deshacía en fêrvidos halagos; y yo, temblando como un azogado: tiritando, como si el cuarto fuese una nevera. Nada.....que estuve para congelarme junto á la estufa ó calorífe-

ro de la traviesa y seductora muchacha. ¡Qué caricias tan animosas! Había para vencer la fortaleza de un santo; pero ¡oh *poder de la impotencia!* mi timidez de carácter, mi condenada irresolución, la cobardía de esta flaca naturaleza que huye de la hembra como de su natural enemigo, la aorta; en fin, que se empeñó en desasosegarme, pudieron más, muchísimo más, que el arrebató y la pasión de aquel pececillo trabado en un anzuelo traidor con el cebo de la codicia..... A la hora de esta, cómo se reirá de Torrijos. Por remate de males, la hermosísima dama que se presenta de improviso, y en momentos tan angustiosos y decisivos para mi *honor*. Gracias á que Clara sintió ruido de pasos á tiempo aún, para escapar. Sino, se arma la gorda. Tuve que acompañar á Purificación. Fuimos en el propio coche que la trajo. Alguno que se mojaba con el chaparrón que se nos vino encima, gritó al cochero. Pobrecillo, estaría hecho una sopa..... Adelante. Llegamos á casa. Alegría hecha un mar de lágrimas. La nueva de la llegada de Penco, y su salida arrebatada. Esto era grave y complicado. Consolarla como pudimos, y vuelta por acá, fué obra de un instante, que me pa-

reció un siglo. Mi hermosa compañera así lo dispuso. La sacudida fué corta, pero mi naturaleza quizá no la resistió. ....El horizonte despejado ya de nubes siniestras está limpio, muy limpio; azul, muy azul, y hasta con luminarias en el cielo..... Todo convida á amar, á la dulzura inefable de fundir dos almas que se adoran en el fuego vivificante y prolífico que abrasa, desde la Creación, el Universo entero. Solo yo, ahora como siempre, seré la triste y olvidada ruina, que en el seno de la Naturaleza, y, en desolada y amarguísima soledad, escuche envidiosa el himno de los fecundos amores con que la Humanidad ensalza al Creador de todas las cosas. Solo yo seguiré con el alma desmayada dentro del cuerpo mísero y caduco, cayéndome á pedazos, desmoronándome, lentamente, como un renegado del amor..... Pues no más obsesiones..... Cuando creía que iba á hincar el diente en la fruta que estaba ya partiéndose de madura y sazónada, trasudando almíbar é incitándome á arrancarla de un árbol de anchas, frondosas y sonantes ramas, hago lo de la zorra: decir, que verdeguea aún, porque empuñada y todo, tuve miedo de mi propio sér, que se desplomaba con el ansia sola y el placer de saborearla al

fin. ¡Adiós mujeres! Sois obra de arte divino; la hermosura en vosotras, es realidad pasmosa, no ficción del pincel, ni ensueño mentiroso de arrebatada ó loca fantasía. ¡Nó! La sangre de vuestras venas es el calor de vida que palpita en la Creación. De ese calor nací, y en él me abraso y me consumo, sin que pueda gozarte, un momento siquiera, alma Venus. ¡Adiós! ¡Quedad en paz solteras y casadas!.....

É inclinando la cabeza, calló la *rui-na* aquella, como si durmiese ya, profundamente, el sueño del olvido.

Todo fué callar el escarmentado seductor, y tirarse Penco de rodillas á los piés de la *fórmula* triunfante; digo, de su esposa la insigne doña Purificación. Más ¡oh lector! aquella escena de dulce y silenciosa intimidad no es para descrita por pluma tan tosca como la mía; y así, mal que te pese, quedará ignorada en el expirante siglo XIX, y con mayor razón, aún, en los que se sucedan después. Consuélete saber, y es bastante, que el arrepentimiento de un lado, y el perdón de otro, sellaron una paz perpetua y codiciable, en ese mismo sitio donde llegó á romperla, momentos antes, aquel don Juan

---

...sin consecuencias, que roncaba y dormía ya, tan quieto y sosegado, como si tal cosa. ¡Bienaventurados los *pobres de espíritu!*.....





## XXI

### EL IDILIO DE BOMBO.

Farewell, farewell: one kiss,  
and I'll descend.

SHAKESPEARE.

**A**LMA mía! ¿qué oculta ó extraña  
pena nubla en tus negros ojos, el claro  
y hermoso cielo de mi soñada ventura?  
Mira que en él se transparenta la glo-  
ria, y sonrío la esperanza, y se adivina  
la gracia que ha de salvarme, al fin.  
Dí: ¿la luz de tu mirada porqué llega  
hasta lo íntimo del alma, empapada en

el rocío abrasador de esas lágrimas ardientes? ¡Amor de mi vida! cuéntame, en secreto, quedo, muy quedo, las cuitas de ese corazoncito que ayer no más latía alborozado á impulsos del inefable encanto, de la suprema dicha de amar y ser amado.....¿ Te ofendí, prenda mía?.....Por ventura, dudas de mi fé?.....Imposible, santa mía.....Yo no podría ofenderte, por mucho que lo intentase; ni doy tampoco, con el motivo ó la ocasión para una duda así..... ¡Bah!.....Lo adivino: doña Purificación.

—¿Ella? ¿Mi madre? ¡Nó!..... Nunca! —exclamó Alegría con ímpetu y calor.—Mentira ¿sabes tú? Es inocente.....Fué un arrebató de papá.....

—¿De tu padre?—interrumpió Santiago.—Ignoraba su vuelta.

—¡Ah!—respiró la diablesa ya sobre sí.—Pues eso; está de vuelta. Llegó hace poco.

—Pero.....

—No fué nada. Salió con mamá, y dijo—las niñas en casa, Alegría. Por esas calles de Dios se pascan, á la hora de esta, un sin fin de achaques y enfermedades, mortales unas, mortificantes otras, entre densísimos nubarrones de

polvo, que envía á las narices de los paseantes la madre tierra, y nubarrones de aguas, no menos densos y apiñados que se amontonan, arriba, como mangas de riego, prontas á humedecernos la piel y *asentarnos* el consabido polvo. Con que, no hay escape; y hendito sea el *cordónazo*, si á trueque de algún catarro supernumerario, ó tal cual resfrío extraoficial, nos empapa las calles, y nos quita, de encima, la tierra que sacó el Señor de la nada, para que cumpliese la ley providencial de sentirse humillada, eternamente, bajo la firme planta del destronado rey de la creación.....—Iba á decir ¡chuletas!—añadió la joven, sonriendo, pero el respeto filial.....

—Soltarlo, criatura; que no saldría de boca de tu padre, sin la contera aquella, ese arranque oratorio, que, dicho sea en justicia, repites á maravilla.

—Que invento á maravilla, pensó Alegría, disculpando su embuste con la intención más sana de que el otro no se enterase de lo ocurrido. Y agregó en voz alta:—ya ves si hay para fastidiarse.

—Pero si ello no vale un puñado de alfileres; sobre todo, si consideras que,

dé irte con tus padres, perdíamos este cachito de gloria que nos depara, sin soñarlo, *la soledad de dos en compañía.....*

—Bueno está; pero ¿me quieres de veras? ¡Tienes un nombre envidiable! Y si no me hiciese la sorda á las alabanzas que, en tu daño, entona mamá, era cosa de echarte por el balcón abajo, con amor y todo. Alabanzas, dije; porque, á lo que deduzco también de las tales *alabanzas, encomios ó panegíricos*, que de todo hay, vosotros los jóvenes de moda, los calaveras de tono, mezcla irreprochable, y muy apetecida, entre paréntesis, de elegancia y escándalo, de porte caballeresco y liviandades afrentosas; que tan pronto deslumbráis á la multitud empingorotados en el más alto peldaño de la *escala social*, como refulgentes ídolos de un día; ó, víctimas de sus veleidades irresistibles os despeñáis de la cumbre en lamentosa caída á simas y revolcaderos donde os siguen implacables la befa, ó el desprecio, cuando menos, de los mismos ídolatras del vicio, vueltos ya de espaldas al ídolo escarnecido, y con el rostro al nuevo sol que se levanta luego, soberbio y luminoso á dorar los oscuros horizontes tras la dolorosísima puesta de

un astro que no surgirá jamás; vosotros, pues, no os acercáis á la mujer tímida, honesta y recatada sino con la llama de amor en que abrasa sus alas y su vida toda, la mariposilla que dulcemente os acaricia y adula, cándida, seducida y fascinada de tanto brillo y esplendor.

—Está visto, Alegría. Tu buena madre, empeñada en desacreditarme; tú, convertida en eco de mi dulce *enemiga*; y yo, con el propósito firme de salir avante y dejar bien puesto el pabellón, cueste lo que cueste. Ahora, contestando al parrafito *endemoniado*, con perdón sea dicho, en que se me deja nuevecito, y hecho un Dios de mentira y barro, digo: que todo ello puede encerrar mucha verdad; pero, aún encerrándola, lo que es á mí, no me atañe en lo menor. No me tengo por ídolo ¡qué horror! y para ídolo deshonorado, me faltaría hacer y deshacer cuanto hay de jornada, desde la base á la cumbre, y desde la cumbre al abismo. Y, francamente, me arredran esas fragosidades, esos inextricables laberintos, esas asperezas indomables, esos medrosísimos derrumbaderos donde se van quedando, como el vellón, entre los silvestres y punzantes matorrales que guarnecen el

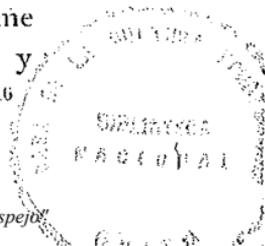
camino, el corazón y la conciencia en míseros girones, al extremo que el ídolo aquel, al coronar la altura, siendo como era, alma del vicio, se halla al cabo, convertido en tristísima y horrible personificación del vicio desalmado..... Nunca tuve valor para tanto, alma mía; y mucho menos, queriéndote como te quiero, de manera tan entrañable y profunda. Con bombo, y todo, no llegué, en mis mejores días, al promedio de la subida; y eso que, lo confieso ingenuamente, no dejaron de tentarme y seducirme la infinita variedad de formas y matices con que el amor nos sorprende al lanzarnos á lo más recio de las borrascas del tormentoso mar de la vida, desde el azul, riente y luminoso golfo donde, al compás de las olas y al ritmo de su cadencia, se mece, silencioso y gallardo, el atrevido bajel de una juventud aventurera y confiada..... Más, muchísimo más, que ese mar proceloso y ese riente golfo de rizadas olas, me enamoran y seducen: la paz de este recinto, la entreabierta celosía, la luna que nos envía su tenue y melancólico rayo por alumbrar, callada, el misterioso escenario en que Romeo y Julieta se adoran poéticamente, disputando en amorosa contienda, sobre si el canto

que puebla la tranquila soledad del aire, es de alondra ó rruiseñor; y fijas las miradas, el alma á ellas asomada, confundido el aliento, las manos enlazadas, palpitantes los labios y el corazón latiendo en ritmo apasionado, se separan, al fin, con un doble y sentido adiós, que sella, para siempre acaso, como recuerdo de eterna despedida, la vibración dulcísima de un beso.

Todo esto fué dicho y escuchado aquella misma noche de Octubre en que Penco recibió, de cuerpo entero, tan soberano remojón, junto á la entreabierta celosía, con el cielo muy negro sin luna en el espacio, sin rruiseñor ni alondra que cantase en el granado, ó saludase el amanecer de un nuevo y fulgente día. Romeo ceñía por el talle á la Penquito; y ésta, la romántica Julieta, escuchaba, palpitante de emoción, fija la mirada en los brillantes ojos del gentil mancebó, el cadencioso ritmo de aquella voz que, súbito, cambiando de tono, dijo ó murmuró:—¿oyes? Es el ruido de un coche.

—No, Romeo; quiero decir, Santiago. Será el tranvía que se acerca.

—Te engaña el deseo. Se anunciaría con sus alegres campanillas. Quedarme aquí fuera temerario. Tus padres, y



míos también, porque lo serán pronto, acaso lleven á mal esta bendita soledad de Alegría y Santiago. ¡Adiós! Hasta mañana.

—¿Te vas así?.....¿No somos ya los amantes de Verona?

—¡Cierto! Romeo y Julieta..... menos el desenlace trágico de sus purísimos amores. ¡Adiós, adiós! un beso y bajaré.....por donde bajo siempre.....

¡Qué beso aquel tan resonado y ferviente!..... Más, no podía ser..... Hasta el cochero miró hácia arriba.....porque, efectivamente un coche se había detenido, momentos antes, frente á la gran puerta de entrada. Así, no fué de extrañar que el señor Penco, y su ilustre esposa, recibieran en los oídos aquel ruido como un cañonazo de amor disparado á quema ropa, por la gentil pareja. ¡Subían la escalera!.....Doña Purificación no se apresuró por esto: la compostura se lo vedaba; y, además, estaba segura de llegar á tiempo para que le entrase por los ojos, lo que con la imaginación se figuraba ya, que estaría pasando, ó habría pasado de puertas adentro. El señor Penco, que no entendía de tales parsimonias y composturas, ni de *paños tibios*, se lanzó por el segundo tramo, arriba, dando un for-

midable asalto á los anchos y tendidos escalones que se vieron en el caso de protestar, crugiendo dolorosamente, bajo la enorme pesadumbre de carne y grasa que los agobiaba, sin miramiento alguno, más de lo común y usual.

Y á la puerta de la galería, jadeante, sofocado, con el sobrealiento de la agitación y la fatiga, exclamó, terrible y descompuesto:—¡Esta me faltaba! ¡Señor Bombo! marcharse á otra parte con la música de sus besos.

La Penquito, se sentía morir; y con el desfallecimiento de un repentino desmayo se dejó caer en los brazos de Santiago, que la sostuvo, al punto, y contestó al Penco mayor:—Verdaderamente, no debieron Uds. oírlo. En eso está la falta; que en cuanto á darlo y recibirlo, habría mucho que hablar, y muy al caso, tratándose como se trata de Alegría y yo. Tanto más, cuanto á Ud. mismo le merezco el lisonjero concepto de tenerme por hombre de talento y que las entiendo de veras, como ninguno, en diez leguas á la redonda. Al fin y al cabo, soy de los pocos que comprénden y practican, por lo fino, las regocijadas y saludables enseñanzas del maestro y del amigo. “¿Para qué sirven unos labios encendidos y grosezuelos, sino para li-

bar en ellos toda la miel de un ósculo? Besarlos, hombre, mientras florezca en ellos la primavera de la vida.....”

En esto, doña Purificación, hecha una tigre humana, *muda* y terrible, espetada hasta la tiesura, solemne hasta la rigidez, paso entre paso, fué acercándose al grupo aquel de Romeo y Julieta, que se destacaba aún, junto á la entreabierta celosía. ¡Pobrecillos! No contaban con nodriza, ama de llaves, ó bruja tercera, que les anunciase, á tiempo, la llegada de los graves y honrados Capuletos. Romeo, por mucho que le doliese separarse de la gentil doncella, depositó en seguida la dulce carga de sus amores, en los maternales brazos de esa austera personificación de tanta y tanta *forma* triste, helada y desapacible con que se roza el alma, á cada paso, cuanto mayor y más ardiente es el fervor de una pasión cualquiera.

Recibióla, pues, en los suyos, la insigne doña Purificación; y Penco que se había estado una buena picza, pensativo y silencioso, con la respuesta de Bombo, mordiéndose los labios, con las manos cruzadas atrás, hecho casi un caballero de la Triste Figura, y digo así, porque la panza le asemejaba más al escudero; señalando, al cabo, con el

índice de la diestra la puerta del salón, profirió á media voz:—Por ahora basta. Ese es el camino. Mañana será otro día, y hablaremos. ¡Chuletas con la noche infernal!.....

Salió Quiñones, sin replicar palabra, y fué entonces, cuando la insigne dama de las fórmulas y la compostura, llevándose á Alegría, vuelta ya en sí, exclamó solemne y pausada:—Frutos de tu doctrina. Cosecha, pues que sembraste. No me negarás que tú arrojaste la semilla en tierra demasiado fértil y abonada. El amor, el honor, el alfarjor, que todo da lo mismo ¿te amargan ó no la boca, á la hora de esta?—El siharita no contestó: sin duda reflexionaba que en el tráfago de la vida, cada momento tiene su elocuencia especial, y en ese, la mejor era la del silencio. ¡Vaya si lo era!

Aquella misma noche, recogidos ya en su dormitorio el señor Penco y doña Purificación; aquel, colgando de una percha el saquito de seda y desabotonándose luego la camisa, decía:—Hay que casarlos. Desengáñate, cuanto antes mejor.

—Pero.....

—Nada de peros, querida. Ese beso llegó, de fijo, á oídos del automedonte

del maldito coche de punto que nos trajo. El automedonte aquel se lo soplaría al primer auriga que topó por allí, ó al primer caballereite que quisiese oirlo: estas cosas se oyen siempre; y así, indefinidamente. Por lo cual tendrás mañana, antes del mediodía, que el beso resuena ya en los ámbitos todos de la ciudad, caldeando la atmósfera, y llenándonos de vergüenza, que es otra lumbrarada en las mejillas; y tanto sonará el beso, y tales ecos despertará, que transformado, al fin, de conjetura en conjetura, y de sospecha en sospecha, en un horror de hablillas y comentarios, será difícil que le reconozcan los mismos que, indiscretamente, lo echaron á volar á los vientos de la publicidad, por las orejas de un cochero; y resultará ¡chuletas! que el beso *fué la cosa oída*, pero que nadie pudo ver lo demás, aunque se adivinaba. ¡Rechuletas! con la impaciencia de las muchachas y las cegueras de amor. Por lo demás—y el señor Penco se quitaba ya las botas—Santiago no es como le pintas. Cierto que la Pájara que desplumó á Cisneros (\*) *emplumó*, luego, á Quiñones prendada, sin duda, de su gentileza

---

(\*) Personajes de *Cuadros y Figuras*.

y mocedad; pero, á la hora de esta, se ocupa nuevamente en desplumar á un recalcitrante de arca abierta, y no se acuerda de Santiago para maldita la cosa—y añadió desatacándose las perneras—con que, en fin y remate, á lo hecho pecho. Bombo dejará de serlo, y nos ahorraremos así, acataciones, inducciones y conclusiones, sobre si el beso fué beso y nada más...

Doña Purificación, desde el amplio lecho de metal, y bajo frescas sábanas de hilo, contestó:—Al punto que han llegado las cosas, eso que dices, está conforme con mi modo de pensar. La conveniencia lo ordena; y donde ella manda, no hay más que obedecerla ó resignarse.

—Y es de fórmula, que el sacramento santifique, no digo eso, sino.....¡ Chuletas!

Y mató la luz; con lo cual la estancia quedó á oscuras, y sólo pudo oirse ya, cierto rumor de palabras, cuyo sentido y alcance, se escapó por entero al autor de este relato.

Espera ¡oh sufrido lector! que la luz sea hecha; es decir, pasemos al capítulo siguiente.





## XXII

### ADDIO DEL PASSATO.

**E**L señor Penco estaba de pié, con la copà en la mano, rodeado de sus amigos y comensales, que tan pronto le miraban cariñosos, como se complacían en fijar la vista, codiciosa aún, en los abundantísimos restos del último y espléndido festín, con que les despedía para siempre, cuando rompió á hablar, *literalmente*, en esta forma y manera:

—¡Señores! Comienzo por deciros,

que este brindis, os sonará en los oídos desapaciblemente. ¡Qué remedio, chuletas! Un adiós, es tristísimo de suyo; y mucho más, si viene á ser algo así como remate inesperado de una comida tan íntima, regocijada y succulenta, además. ¡No cabe duda! Ha sido para reventar; pero, á Dios gracias, la cosa no pasará de allí. Y, con todo, no hay escape, hombre. ¡Que no le hay! Estas palabras son, quiera que no, y hasta cierto punto, muy á mi pesar, la *oración fúnebre* y el adiós que pronuncio, conmovido y doliente, sobre los despojos tibios de un pasado de sibaritismo que yace insepulto sobre el blanco sudario de esos manteles, y el féretro ó túmulo ó catafalco de esta mesa á que os sentásteis; dos horas hace, festivos, risueños, jubilosos:

tan cerca tan unida  
está, al morir la vida.....¡Chuletas!

(Signos de aprobación á la derecha, ó sea en doña Purificación y Quiñones.)

Tal el voluble destino de los hombres, que nos lleva, empuja y precipita, por sendas, fragosidades y derrumbaderos tan imprevistos ó desconocidos, que no cabe, á las veces, dentro de la lógica de las cosas, ni siquiera, y es lo más

gráve, en los fértiles dominios de lo probable y conjetural. La hipótesis absurda, resuelta de una evidencia aterradora, convertida al cabo en hecho positivo; y el cálculo fundado y racional, no pasa de estéril suposición para la vida, supuesto que no da de sí otro fruto, que un chasco atroz é irremediable.

Y este es el caso, chuletas, por mucho que la estupefacción os corte el resuello, al saber que el *Cabinete*, por razones de Estado de altísima trascendencia, ha resuelto ya clausurar, disolver indefinidamente estas asambleas amistosas, llámeselas comidas, festines ó banquetes, que todo da lo mismo; y que, con tan señalado beneplácito y regocijo de la *pública opinión*, es decir, de mis asiduos y queridísimos invitados, se reunían en este sitio y hora, para regalo del paladar y contentamiento del estómago. (Rumores de protesta en los bancos de la izquierda; esto es, en los asientos de Cefrillo y Decimal.)

Y os debo una explicación, amigos míos. No es que me avergüence de mi pasado, porque si vamos á cuentas, resultará, chuletas, que el ser comilones, fué cosa de Césares y Emperadores. Pruebas al canto, por *si acaso*. ¿Ig-

noráis que Claudio abandonó el Foro de Augusto, y dió al traste con la justicia, sólo porque le dió también en las *narices*, el olor del festín que se preparaba en el templo de Marte? ¡Hombre! Tan desmedida afición tenía aquel sujeto por las comidas, que gustaba de ellas á todas horas y en cualquier paraje. Y tanto y tanto llegaba á atiborrarse de manjares y bebidas, que, porque no reventase, dormido ya, le introducían por la boca abierta una pluma que le desahogara el vientre. Vitelio comía sobre los mismos altares, carnes y pastelillos; ó, en las tabernas, platos del día anterior, medio devorados ya. Hubo cena para él, en que se contaron hasta dos mil peces y siete mil aves; y famosísimo entre todos, fué aquel *escudo de Minerva protectora* con sesos de faisanes y lenguas de flamencos. Si Heliogábalo sólo comía pescados á gran distancia de la costa, el Gran Carlos de España, saboreaba ostras frescas en Yuste, y era delicia de ambos, la invención de una salsa; ó la variedad de apetitosos y exóticos manjares. ¡Oh Césares glotonnes! cúbrame la púrpura de vuestros mantos imperiales, que, envuelto en ella, no habrá de nuestro que me alcance, ni burla que me hiera. Y así la posteri-

dad, al juzgarnos mañana, me igualará á vosotros, ú os rebajará hasta mí. Y es algo ¡chuletas!

Lo que hay de cierto es, que extremando mis opiniones, vine á dar de cabeza, contra la obstinada y dura realidad de las cosas, de donde resultó una contradicción palmaria, evidente, evidéntísima entre la palabra y la acción, entre la conciencia que tocó la gran campanada de alarma, y la boca que fluía como un torrente frases y conceptos que nada significaban para la vida, ó significaban muy poco, y esto poco, maleado y torcido. De aquí, señores, que en el primer conflicto serio que ocurriera entre mi conciencia y la lengua, resolviese de modo cierto é irrevocable, mandar noramala la doctrina aquella, y con la doctrina, el epicurismo que le servía de base. Comeré. ¡Vaya si comeré! ¡chuletas! pero con tiento y medida, sin alardes de glotonería, y sin pretender tampoco que la vida no tenga *otros horizontes* que la oscura y reducidísima capacidad á que alcanza la curva de un vientre por enorme y saliente que se le suponga. ¡Luces, vajilla y porcelana, adiós!

Hay más, señores. Como la vida urbana despertará en mí cada tentación

---

capaz de dejar pequeñito al propio Luzbel, me alejaré para siempre de estos lugares, que lo son de perdición y tormento. Sepultaréme vivo, chuletas, en la amorosa y rústica compañía con que nos brinda la próbida naturaleza, allá, en las fértiles y pomposísimas soledades, donde la caña de azúcar, ofrece el codiciado tesoro de su dulce y sabroso jugo.

El cielo, el monte, el llano, el río, serán testigos fidelísimos y compañeros inseparables de la oscura y humilde existencia con que intento sustituir el destrozado ideal de mi estúpido sibaritismo. Cuenta que estoy á tiempo aún de pulir la tosquedad y grosería que forman la corteza ó envoltura de mi sér; el cual, lejos de afinarse al roce continuo de la cultura y trato social, me tiene como quien dice hecho un bárbaro de más de la marca, sin otro ideal apetecible de los labios afuera, que el goce estúpido y brutal de un sibaritismo desenfrenado, perdida para el alma toda libertad de afectos delicados, para el corazón todo latido dulce ó generoso; y regocijado sólo, de tiempo atrás, con la degradante esclavitud del estómago á que me sometía, fuerza es decirlo, gozoso y satisfecho. Pues bien, chuletas,

yo pediré al murmullo de las aguas *corrientes, puras, cristalinas*; al suave aroma de variadas y olorosas flores; al verdor de los campos; á la dulce y melíflua voz de las canoras aveci-llas; y, en fin y postre, á la delectosa sombra de los árboles frutales, al turquí de los cielos, al tibio rayo de la luna, al pestañear de las estrellas, á la fábrica toda del Universo, el escondido secreto con que galardona en esta vida percedera á los *pocos sabios que en el mundo han sido*. Lástima grande, hombre, que no pueda llegar á pastor de cabras; pero así y todo, renovaré las delicias de una existencia, humilde, escondida y patriarcal, en la provechosa y grata amenidad con que nos regalan aquellos campos donde no faltará por cierto, el rinconcito poblado de ensueños y caricias, para que Psiquis y el Amor, digo, Santiago y Alegría, se refugien en breve, huyendo de algazaras y bullicios, á disfrutar al cabo, su hermosísima y plácida luna de miel rústico-cristiana, embellecida acaso, con tal cual destello de inofensivo y flamante paganismo. Porque se casan ¡chule-  
tas! Razones de cariño, y de Estado también, así lo disponen, queridísimos amigos. Con que, apurar la copa, que

en otra igual no me ví para salir del apuro, declarando como declaro á voz en cuello, *urbis et orbis* mi sometimiento incondicional, oídlo bien, incondicional, he dicho, á las reglas de la moderación y la templanza, y al predominio indiscutible del espíritu sobre la materia. ¡Oh! ¡El amor! ¡El honor! Deidades son de todos los tiempos, de todas las edades, de todos los siglos; hasta del nuestro, hombre, descreído ó qué sé yo. Y al herirnos el uno con sus flechas, ciego y todo, llama en su ayuda al otro, que abre cien ojos á un tiempo, porque no llegue á escupir su innoble ponzoña en la amorosa llaga, la traición aleve y tentadora que acecha oculta desde las sonantes ramas del árbol de la vida, haciendo de cada Edén un infierno de miserias, supuesto que luego asoma su faz horrible, como señal de guerra, el monstruo abominable de los celos. ¡Chuletas! He dicho.

Torrijos suspiró hondamente, apurada tras el discurso de cajón, la última copa de champagne, pensando sin duda que para él no habría tal Edén, en los días de su vida, con monstruo y todo; y llevándose en seguida la diestra mano al pecho, inclinó la cabeza por ocultar, de fijo, la turbación que á un

tiempo mismo le producían la vergüenza y la aorta.

Decimal, aprobando por cortesía la anunciada mutación en las regaladísimas costumbres del inspirado orador, retiróse á poco llevándose tras sí al hijo de las Musas. Cabizbajos, mudos y dolientes llegaron á la calle de la Libertad, donde, frente á frente de sus respectivas casas, con un apretón de manos en que puso toda el alma desmayada y agonizante, profirió Decimal:

—Mira, Céfiro; si voy de mal en peor. La Pythia resultó mentirosa, y en vez de volver á Hacienda, iré por mis pasos contados á tenderme muy lindamente en la sepultura que abra yo mismo para matar de una vez el hambre que me amenaza de muerte. Penco se nos va, y con él la vida, si es que no preferimos echar noramala, tú el amor de las musas, y yo la consecuencia política. Esto de aferrarse á un ideal, es el suicidio.

—O, como dijo el otro: *Id arbitrator. Adprime in vita esse utile, ne quid nimis.*

—*Ne quid nimis* ¡Cabales!

—Pero ello vendrá Perfecto, en su día señalado. Digo; tu entrada en las oficinas fiscales. Consuélete saber que

nada hay eterno, bajo la bóveda del cielo; y si llegas á saldar tu cuenta con el Tiempo antes de los días anunciados por la Pythia, la tierra te será leve, porque padeciste hambre y sed de justicia, ó sea de empleo, que para tí da lo mismo. Con que abur, y no pensar en cosa tan baladí como el estómago; que el mayor infortunio del hombre es el haber nacido, y no el morir de hambre ó ahito hasta el gañote. Aprende de mí, infeliz. Cuando el sustento me falta, el propio Ganimedes, enviado por Júpiter, me acude solícito con su poquillo de ambrosía, me doy el hartazgo del siglo, y, luego canto, canto, canto, como las aves del cielo. En ese modo y forma, he llegado á la impavidez recomendada por Horacio. Acallo, pues, el desesperado gemir de mi estómago rebelde con el manjar de los dioses y el Falerno de la Poesía, un vinillo de cuerpo que me embriaga delectosamente, hasta el punto de hacerme olvidar que hay hambre sobre la tierra y gentes que ni de vista la conocieron nunca. Basta por ahora, y pasarla bien. A dormir libres de zozobras y cuidados matadores.

Quedóse Decimal, pensativo y tristán; y al fin, sereno y majestuoso, alta

la frente y desafiando á las estrellas, se coló puerta adentro como quien lleva en la cabeza, resuelto para siempre, el arduo y complicado problema de no morirse de hambre, pese á la dignidad y la honra, que tan por encima ponía ahora el voluble y arrepentido Anfitríon, resuelto ya á refugiarse, como si tal cosa, campante y orondo, en el seno pródigo y fecundo de la madre naturaleza.

El se quedaría, y en la propia ciudad testimonio vivo de tantas cuitas y miserias; se encumbraría de golpe y porrazo á donde debió quedarse consecuente ó nó: en la oficina aquella, supuesto que á grito herido, y temerosos de un naufragio, le invocaban los números para que los salvara al fin de la tremenda borrasca que corrían en el revuelto y proceloso mar de la Hacienda Pública. ¡Pobres náufragos! Era cosa de salvarlos á todo trance. Punto de honra y nada más, así se quedase él sin pisca de élla por conseguirlo. Lo primero.....¡Oh! *ne quid nimis* que dijo Terencio, ni morirse de hambre que digo yo.





## EPILOGO.

TORRIJOS y Torrezno, se avecindó por fin, *animus manendi*, en la Ciudad de los Reyes, y aun cuenta la fama, que curado al fin de su manía contra la mujer del prójimo llegó al extremo de no proferir queja alguna contra la insuficiencia aórtica, y hasta negó en redondo, desde entonces, que hubiese padecido alguna vez de reuma articular. En enanto á las jaquecas, las tenía derrotadas á causa de cierta alianza defensiva que celebró á poco con la *antipiri-*



na. Así, no es de extrañar, que la ruina aquella, restaurada al cabo á su pristino esplendor, luciese flamante toda la gallardía de su impotencia para el mal.

De Clara no se supo más. Fué una de tantas náufragas que trata y devora el monstuo de la ciudad, en el medroso silencio de la noche, y cuyos cadáveres suelen surgir á veces, escupidos por el oleaje de la vida á las cercanas y sombrías playas del reino de la muerte.

La diablesa y Bombo, á lo que entiendo, realizaron pronto el ideal de sus fervidos amores; y hay fundamento para suponer que la gentil pareja sería modelo de *rústicos* amantes en la callada y agreste soledad donde la caña crece, y el café cuaja su amargo y sabroso fruto para brindarnos con él.

Ni por un instante vayas á suponer, lector amado, que el Señor Penco en su nuevo régimen de vida, y á poder de ayunos, llegara hasta la locura de un suicidio. ¡No tanto, ¡chuletas! Comía la mitad que antes, y era abstenerse ya. Y con todo, es lo cierto, que él y su esposa la insigne Purificación, encontraron la suspirada fórmula, á menudo irresoluble, de vivir en paz bajo la azul

techumbre de los cielos; aquí, donde á diario se riñe la gran batalla humana, cuya señal de guerra fué, y eternamente será, la fruta aquella de comida tan amarga para la infeliz y jamás escarmentada prole de Adán.

